

L
A
S
C
A
S

ÓSCAR OLIVA

LASCAS

Óscar Oliva es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Este libro se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2015.

Lascas

Primera edición 2017

D.R. © Óscar Oliva

D.R. © Alfredo López Austin (por “Chispas lejanas”)

D.R. © 2017, Casa Aldo Manuzio, S. de R. L. de C.V.

Flamencos 72

Colonia San José Insurgentes

C.P. 03900, Ciudad de México

D.R. © 2017, Editorial Matadero

Cerrada Mártires de Tacubaya 1Bis, 3A

Colonia Escandón

C.P. 11800, Ciudad de México

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

ISBN: 978-607-9757-04-5

Impreso en México / *Printed in Mexico*

L A S C A S

Óscar Oliva

Con un texto de
Alfredo López Austin

ALDVS

MATADERO

L
A
S
C
A
S

A Sonia Haydée Quiñones Mussenden.

A la memoria de mis hermanos Eraclio Zepeda y Juan Bañuelos.

La realidad está separada de muchas unidades de medida.

Antidio Cabal

Yo escucho porque me alza la naturaleza.

Francisco Madariaga

I. AHORA

*Esta luz descansa en las delgadas
túnicas que se quitan las cigarras,
después del largo sueño inducido.*

*Y en orden todas mueren. Una mañana
te levantas y ves miles de esqueletos.
Los árboles se van. Cargados de belleza.*

II. VETAS

1

Con heridas y parásitos externos, la piel vieja hay que sacarla como un guante, tirarla entre los platanales de otra casa.

2

De la misma manera también las cosas deben soltar la imagen desde su cobertura exterior. Dijo Tito Lucrecio Caro.

3

El cuerpo frágil del campo se comprime demasiado rápido, regresa a su etapa marginal, inmadura. En ese charco, las ninfas de los zancudos tienen la forma de una coma, brincan como acróbatas.

Anécdotas provenientes del verano: apenas derramarlas con la dulce miel.

4

Otra escena: una cortina de colibríes-esfinges cuelga en la noche para que sea abierta, quede el campo limpio;

las mariposas con lenguas camaleónicas batirán alas sin posarse en las flores que están al fondo del manantial; volarán hacia atrás para alimentarse;

en la imagen invertida, los campos extraviados, convertidos en desiertos, más allá de los límites de cualquier altura de vuelo;

antes de que llegue la marea, con alta concentración de microorganismos plantónicos, los platanales dejarán caer racimos de plátanos con manchas y parásitos, infectados con el mal de la tristeza que los incapacita a reconocerse a sí mismos;

otro día: no olvidar que el infinito nos traga, nos escupe cabeza abajo; pariéndonos con fórceps, nos cuelga de los pies en el árbol de Newton, sin Adán ni Eva. No olvidar que este viaje se repite con 2 pies en la espalda, los otros 5 en el estómago, de manera interminable.

Vetas de humedad en la pared.

5

Hoy lunes, por la tarde, despega el avión que debe ir a la Antártida; la huracana lo llevará al Ártico, muy lejos del Génesis;

¿Quién va a diseñar el viaje? ¿Quién va a trazar órbitas distintas, donde el paso del tiempo es de 10 días por segundo? ¿A velocidades distintas? ¿Con el simulador interactivo respetando la ley de las áreas de Kepler? ¿Después de hibernar en las líneas de las manos?;

¿Con los equipos apagados cuando entra una y otra vez la anestesia en las venas oscuras, el vitriolo dulce de Ramon Llull?

6

Hago un agujero en el hielo para pescar, con un arpón de punta giratoria. En un trineo hecho de barbas de ballena, de pescado helado, tirado por perros de abundante pelaje, regreso al iglú adaptado como set cinematográfico. Mi adolescencia sufre otra mutación.

La película *Nanuk el esquimal*, de Robert Flaherty, trastorna mi vida originaria. Me ha confirmado que la realidad tiene planos muy hermosos: no solamente los paisajes nevados, la caída de la nieve, junto con los elementos de la ficción: la otra belleza, donde ocurren otras existencias, en otros planos, con la intervención de otra naturaleza, igual de sorprendente. La pesca del pez bajo el hielo no es real. El pez ya estaba muerto, fue metido debajo del hielo. Esceñifico la idea de Flaherty para saber cómo se llevó a cabo esta pesca.

Salgo de la sala de cine.

7

¿Quién pasó por aquí?

¿Quién ha visto a la mariposa macho taponando la genitalia de la mariposa hembra con una secreción pegajosa, para que no tenga una nueva cópula?

¿Quién pasó por aquí antes que yo?

¿El pájaro con un fruto atravesado por su pico?

8

Sigue Lucrecio: a las Musas apenas tocarlas con la dulce miel.

9

Y:

¡Las delgadas túnicas que deponen en el estío las cigarras!

III. MADRE, GRUTA, VIENTRE, TIERRA, CAVERNA, CASA, TUMBA,
SUEÑO, NACIMIENTO, MUERTE

1

El tríptico cerrado: la creación del mundo, con la Tierra dentro de una esfera transparente.

Alzas la cabeza para ver la tormenta de nieve en su lento crecimiento. Nunca podrás entrar al lugar que nadie ha tocado.

2

Nada más hay formas vegetales y minerales, nubarrones amenazantes; no hay animales ni montañas: un mundo antes del hombre, que al abrirse, se cierra. No hay vuelta atrás. La flecha que rompe la tela de seda vuela en una sola dirección. Es la puerta de entrada al jardín del Bosco.

Cierto aire que busca completarse teje los hilos del río que no deja de correr, y hace ruido.

3

Una esfera de cristal, igual a las esferas de los peces que adornan algunas mesas familiares, con peces estilizados. Relegado a un ángulo, sobre un escorzo de nubes, un anciano con tiara y barba.

Burbuja de jabón y agua, esfera hueca, luce capas iridiscentes. Dura unos segundos. Mueve la cabeza y la cola, luego estalla.

El río no acabará nunca de pasar. No quiere dejar de pasar. Mueve la cabeza y la cola.

4

Eres tú el ruidoso, un pez con escafandra que golpea las paredes circulares de la burbuja.

5

Un pez que estrujas con fuerza contra tu pecho, para que no atravesase el horizonte de sucesos, a velocidad de escape: te arrastre al colapso, que te dividiría en dos. No te esfuerces en pensar tantas cosas inútiles, variables, persistentes. No hay aire en la pecera.

6

Antes de que el río vuelva a sus vasos de piedra, un pinchazo para una muestra de sangre.

7

Las hordas gelatinosas de las medusas en los residuos del fondo bombean agua a través de sus campanas; a la deriva, al impulso de sus chorros.

8

Contemplas esa puerta, quieres ser el obcecado pájaro carpintero que trata de taladrarla.

No la abras. Mejor escucha a la ballena gris de los estorninos.

O a las abubillas que dictan falsas doctrinas con un canto hueco, trisilábico, up-up-up.

No te claves en la guía ornitológica de Hieronymus Bosch.

9

El tríptico no tiene datación exacta. Según los análisis dendrocronológicos del roble de las tablas, se situaría entre 1500 y 1505. Años de terror, de demonios y monstruos extraños, para que el pueblo piense en el castigo divino; arte didáctico dentro de una forma pura y perfecta, escribió Paul Westheim.

Años que se proyectan como flechas hacia atrás, hacia adelante, sin dejar rastro entre las invisibles fisuras del polen; en las invisibles larvas eternas de la fuente de la juventud.

Hay que dormir en el anverso, despertar en el reverso de las tablas, sin ninguna explicación.

Esta armazón tiene el breve gusto de la fresa o madroño, y su olorcillo, que apenas se siente, cuando ya es pasado, según fray José de Sigüenza, bibliotecario del Monasterio de El Escorial. Y el gusto largo de los planetas que reciben sabores de las pasiones de arriba.

10

En el vuelo clavabas con fuerza una bellota en el madroño, vigilas que otros pájaros no se la roben. Tú eres el obrero.

11

¿Te has preguntado alguna vez cómo suena esa puerta al abrirla?

¿Como el sonido de esos extraños planetas expulsados de sistemas planetarios en formación, incluso de futuros sistemas planetarios?

¿Como el de los peces en promiscuidad sexual, entre plantas acuáticas que apenas se mueven?

¿Como la bandurria que aplasta a un hombre con una partitura sobre las nalgas?

¿Como el de las cigarras con sus equipos encendidos en la noche!

12

Desde Orión y Sirio, desde las Pléyades, la Tierra es invisible.

V. “YO, NINFA DE LA FUENTE SAGRADA, DUERMO. NO INTERRUMPAS MI SUEÑO”

(Inscripción colocada en el ángulo superior izquierdo de

La ninfa de la fuente, de Lucas Cranach, el Viejo).

*Salen vapores mefíticos, salen vapores irrespirables, otra naturaleza de vapores,
de la abertura de la tierra;
otra naturaleza en los vapores de las cigarras, otra naturaleza en la abertura de la tierra;
sin condenar a nadie, sin ningún síndrome adivinatorio, el canto de las cigarras;
otra naturaleza en la abertura de Castalia, sin el trípode de Castalia, sin el peso de las
armaduras muertas,
esperando no a cualquier trovador, sino a un trovador inspirado.*

V. ALCAZARQUIVIR, 1578

Oigo a Francisco de Aldana, grita a la noche su nombre de batalla, se quita el sayo de hierro, el yelmo boca de rana, lleno de cólera sale del mar, corre gritando por la playa.

VI. CUIDADOR DEL TELAR

Después del parto, disponga la mujer su telar, se aplique a la faena.

Beba vino sentada en el trípode adivinatorio, se bañe bajo la cascada.

Desnuda lave el vellón del borrego, en las ollas de barro con agua por debajo del punto de ebullición;

desnuda recolecte flores con pelos amariposados; exprima la corteza rugosa del llorasangre, que al olerse quita todo dolor;

desnuda acuchille el saúco rojo, recoja la savia con cucharas fabricadas del tronco dañado;

desnuda tiña la lana, en el agua hirviendo, cuando las burbujas rompan la superficie de las ollas, y los brazos empapados en el breve sueño del vapor, reaparezcan.

Va a ser tiempo de retar a la anciana, de narrar en un tapiz los episodios de los dioses, disfrazados de animales para cometer crímenes sexuales.

A esperar que los bueyes sin bozal rompan el arado, destrocen el telar; dé comienzo la guerra.

Y orine de pie, vuelta frente al sol.

Cuando el viento comienza a soplar, los hilos del telar se enredan. Es un mal viento.

Junto al hermoso soto, apretado, que no lo puede atravesar una flecha, la tejedora amamanta a su criatura,
mientras dos ángeles abren las cortinas.

VII. HISTORIA DE INTERRUPCIONES

1

Me encontré con mi padre, al reconocirme bajó de su caballo. Caminamos por las calles empedradas de Tuxtla, llenas de gente, medio desnuda, hipnotizada por el prodigio. A pesar de mi vejez, lo seguí hasta los humedales del oriente, donde volví a escuchar el croar de las ranas, el lloro del paraíso en las lanzas de los bambúes. Otra edad que no es de esta interrupción.

El muchacho de un salto montó, se fue con la luz del cometa Halley.

2

Era un grupo de 5 o 6 personas. El joven padre cargaba el ataúd de su primogénito muerto a los 3 años. Me adelanté al cortejo fúnebre, marcando mis pasos con un bastón de contera de plata, estilete de acero, punta *misericorde*, no para encontrar un camino a través de las placas pectorales del traidor de Galalón, sino para tener en la mano un instrumento de escritura.

La madre ve pasar al menor de sus hijos, creyó que estaba despierta. Los adioses.

3

Me acuerdo que le llevábamos flores. Cuando aprendí a leer vi mi nombre en la pequeña lápida. Pregunté si era yo, entonces comenzó a temblar. Bajo el soportal esperamos la réplica, inútilmente. El aire seco, vuelto cal. El niño y los árboles crecieron un poco más.

4

En Tuxtla a cada rato tiembla. Cuando las nubes se aborregan va a temblar; cuando regrese el Halley va a temblar, a llover ceniza. Digo que es así para que los borregos trasnochados salten la valla, llegue la tranquilidad. Después del largo sueño, algunas partículas blancuzcas en la copa familiar.

No hagas estrecha tu casa, cabalga al corredor, al cuarto de alacranes, a los astros de la sala.

5

Dormido, mi mano derecha se puso helada; la retiré del arroyo, que siguió su camino abajo, serpenteando, hasta que lo perdí de vista. ¿Avistaré el piélagos salado?

Camino arriba, Óscar Oliva no pudo despertar, la fatiga estaba a punto de tirarlo. El niño que duerme tiene que alimentar el caballo de su padre.

El cielo era un platanar y la luna de 1910 me cubrió con sábana de Cambray.

En mi casa se cantaban coplas. El final de una de ellas, decía: *Y dame un vaso de sed, que vengo muerto de agua.*

Muchos años después, el más joven de la familia la repetía entera, con la tentación de agregar un verso.

Sin tener el oficio para encontrar la rima indeficiente, o atreverse a escribir una palabra para no ser leída, sino para ser escuchada, era imposible arriesgarse.

Lo distraía el vuelo de los gansos salvajes de Hans Christian Andersen, que volaban en formación de V, sin graznar, con mucho cuidado, y la red tejida con juncos y corteza de sauce, donde llevaban a Elisa. Desde la casa de las ventanas de oro, lejos de este mundo.

Al abrir el libro donde todo cobraba vida, las personas y los animales salían de las páginas, hablaban con él, intercambiaban historias, como la del carro tambaleante de Baco, el rosado gordinflón rodeado de silenos y sátiros, que hacían resonar los campos; o el de la cólera de una madre ofendida por los perjuros de Teseo. Luego saltaban al interior, para devorar a sus hijos, vomitarlos, llevar sus restos a bosques impenetrables, con tal de que no hubiera desequilibrios y confusiones.

El agua del arroyo era tan cristalina, que de no haber agitado el viento las ramas que se reflejaban, podría haber pensado que estaban pintadas en el suelo. Igual que en el cuento.

Volvía a las coplas, a los vasos con sed, a la tentación de abrir las ventanas al desequilibrio y a las confusiones.

Y agregar un verso para no ser leído.

7

Rubén Darío se arriesgó. Al escribir *¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!*, se acordó de uno de sus antepasados, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, y de uno de sus versos, *Como so mala capa yase buen bebedor*. Sin remordimiento. Y se retiró al campo *a ver la madrugada con las alondras y con Garcilaso*; con el Cantar de vino tierno, de leche tierna, de cervatillos tiernos para la cocina.

Escucho: debes clavar con fuerza una bellota en la puerta, vigilar que otros pájaros no se la roben.

8

Árboles extraviados, fábulas extraviadas, el río que ha olvidado de donde proviene, las venas otra vez intervenidas, la petición de auxilio; la energía de levantar poco a poco la espalda; extraviar las manos en la sangre para olvidar el lento crecimiento del río cercano.

9

Torcecuellos, golondrinas, garzas, cigüeñas blancas, garcetas, ánades reales en el río sin fundamento. Cornejas, faisanes, cárabos, pavorreales, cisnes trompeteros, la abubilla con la corona de la Realidad. (No se puede hablar del Simurg, que dejó caer en el centro de China una pluma espléndida). Enumeración simple, escenarios sobreexpuestos, ladrillos sin pegar. El charrán en forma de Z. La garcilla bueyera. Un zanate con un fruto rojo atravesado por su pico; garcetas apoyadas sobre agujas que enhebran una esfera, van a sobrevolar sobre el hocico de Quirón. Van a ser ahogadas por el cruel vómito negro. Abecedario de aves. Iracundas, tristes, indecisas, lujuriosas, vanidosas,

desesperadas, inseguras, débiles. No les queda más que el último aliento en las márgenes de la inquietud y la lluvia infestada con gases venenosos.

Continúo el recuento. Antidio Cabal, me dice: *En cada unidad de tiempo una unidad de pérdida.*

10

Aparece Rubén, con hábito de cartujo, los ojos extraviados, dando de gritos, sudoroso. Triste, indeciso. La cabeza rapada. Cápsulas de adormidera negra en ambas manos. Sale de la habitación que ha consagrado a Deméter Melania, la mujer con cascos y pelo de caballo. Inseguro, débil, mojado. Madre distribuidora, madre tierna y nutricia. Ya no siente dolor.

¡Relinchan los hermanos de doble naturaleza, Éurito desgarrar el velo de tul de Hipodemia, la recién casada!

¡Salta Teseo, colérico, como en el lienzo de Rubens!

11

Darío soñó ser enterrado sin caja mortuoria, en posición fetal. Desmembrado en 5 partes como Orfeo al ser descuartizado por las bacantes; envuelto con la túnica de acacias de la muchacha negra que pintó Cosimo Tura en los frescos del palacio de Schifanoia. No se despertará, desnudo, en la mocedad de la muerte, abrazado a la diosa abisinia del Sahel.

Madre, Gruta, Vientre, Tierra, Caverna, Casa, Tumba, Sueño, Nacimiento, Muerte.

12

Un poco de paja para encender el quinqué. La luz roció mi capa, proyectó mi sombra como el ave olvidada, la averramia lodosa, con cabeza de espátula, y me protegí bajo sus alas.

Como Guilhem de Peitieu, Darío dijo que un poema suyo *Fo trobatz en durmen*.

Si te da el aliento y la vida comprenderás a las montañas que se suicidan cada poco tiempo.

Dijo el más viejo.

13

Escuchaba las improvisaciones que hacían los compadres en sus reuniones nocturnas, mientras se tomaban unos tragos. Eran los parientes que habían llegado a dejar en recuas de mulas, de espinazos duros, y en carretas tiradas por bueyes, ya sin alas, el maíz y frijol de la ribera de Canguí, para almacenarlos en la troje del traspatio. Las coplas se encendían y apagaban como una luz de noche. Aprendí que así son las pequeñas existencias, sin traba.

14

El que tiene por oficio tejer y destejer la trama, al dejar su copa vacía, dijo, Ven, dame un trago de sed que me estoy muriendo de agua. En ese instante reconstruyó su presencia en muchas épocas y geografías. ¿Cómo no abrir las manos para que el paisaje regrese?

Mulas y bueyes de marcha basculante, como el cuerpo del ahorcado en el aire.

Ya borracho, bajo mi capa, con el corazón mojado; casi sin respirar.

15

Cuando el cielo era un platanar, en la casa con patios añadidos y paredes resanadas, mi madre me dio a luz.

La luna bajó para cubrirnos con el aire del madroño, olor fresco en el vientre aliviado.

En la vasija de la partera nuestros despojos, que fueron echados al corral de los cerdos.

Al abrir los ángeles las cortinas, mi padre vio retozar, como un pajarito, el ternero recental.

16

Al llevar forraje a los caballos, algunos lloraban. Sacudían la cabeza, pateaban el suelo; les di pétalos de retama. Las mujeres lavaban con lágrimas de ángeles, y con agua serenada en recipientes sin tapar, el cuerpo de un niño. Sacudí la cabeza, pateé el suelo, agité mis tiasas crines. Después supe que los caballos de Aquiles habían llorado al morir Patroclo.

17

En los días oscuros, las gallinas se revolcaban en la ceniza que caía por las explosiones del Tacaná. El cráter del volcán es plano como el Juego de Pelota de Izapa, rodeado de rocas con hielo, me dijeron. Entonces vino la réplica.

Después del temblor, salimos a la calle, nos perturbó el empedrado removido.

Fue cuando caí enfermo. Aquellos hombres madrugadores, con rostros curtidados por el sol, me dijeron que dejara a un lado mi temprana cólera. Que lo que estaba soñando no sobreviviría.

VIII. LA MÁQUINA OSCURA

1

Mi abuelo materno, José Ruiz, sentado en una silla veneciana, de *lacca povera*, con el respaldo en forma de violín, patas delgadas que parecen no soportar el peso de su cuerpo, no deja de verme desde la imagen capturada por la decisión y subjetividad del fotógrafo.

Yo lo veo desde la silla giratoria, que se mueve a mi voluntad, y sin mi voluntad. Lo primero que se me viene a la cabeza es cuando nos visitaba en la casa paterna, desde La Tigrilla, donde tenía un rancho en las márgenes del Río Grande. Llegaba con el morral lleno de dalias, con raíces carnosas, para sembrarlas a donde no se atrevan los tlacuaches, porque tienen el aliento del Diablo, decía: flores de garza, de suave olor; con un conjunto de higos, casi abiertos, a punto para que mi madre los hiciera en dulce. Al entregarlos a su hija, las avispas polinizadoras ya no lo perseguirían. Con palomas torcaces y gorriones de pastizales, de arrullo grave, de gorjeo conspicuo, que hacían desviar cualquier otro canto.

Nadie era indiferente a esos regalos, menos esa cabeza que entra para dormir, casi a la fuerza.

2

No recuerdo el timbre de su voz. No sé si su casa de bajareque y adobe, con

patios añadidos y paredes resanadas, todavía existe. Comprendo que todo esto es un desafío inútil. La demanda de realidad me obsesiona porque cada vez estoy más dentro de ella.

Con el último temblor las tejas desaparecieron. El techo se construyó de cemento armado, y recubrimiento asfáltico; las paredes se levantaron con ladrillos de recogimiento, escafilados, sin fisuras: sólidos; al cortarse de un simple golpe de paleta, producían un sonido claro.

Leo a Cristóbal Serra: *El pan es una flor del trigo*.

3

Ha pasado más de una hora. Los pilares de oro y plata han sido movidos de su lugar. No hay que tocar nada, no vaya a romperse la porcelana con ruiseñores en el cosmos sin punta de fuga; no vayan a sonar las campanillas que cuelgan de las ramas bajas, al paso del extranjero que parte, inmovible, a otros jardines. El jardinero no me voltea a ver. Abandono cuestiones marginales, me disperso cuando callan, de un golpe, las cigarras.

4

El rifle que sostiene de manera displicente en la mano izquierda, reposa sobre sus muslos. Piensa en la casa con techo de paja, de la altura justa para estar de pie en su interior.

Añora a los pájaros que acuden a comer de su mano cuando los llama; sabe que no pesan nada en el polvo donde se bañan.

5

En el momento del destello, mira a la cámara fotográfica, con cierta alarma. La velocidad del tiempo es de 1000 días por segundo. Recuerda la flor vibrante de la peonía.

6

En esos 12 o 15 minutos que duró la preparación de los negativos de vidrio, enrollar la correa al brazo, girar los lentes pulidos en Leipzig, empotrar la placa, sostener la lámpara de magnesio, —sin que tiemble la mano—; medir la distancia de una manera interminable, de observar, como un cazador a su presa, el rostro sereno que mira de frente,

el fotógrafo aspiró muy
hondo, para no hacer daño a su arte.

7

En esos minutos que le parecieron eternos, José pensó en Teodolinda, entre maleza y juncos radicantes, esperando que bajara la crecida: en la primera etapa de una historia donde no ha llegado la hora de encender el quinqué; con el libro abierto para suavizar el golpe del hacha diurna, que continúa en la respiración irregular, cuando todo es irregular; como la carencia de todo propósito en las grandes hojas de la costilla de Adán.

Está escrito: la vio aparecer, el pelo suelto de inciertos estambres pálidos, escapado de ciertas ataduras metálicas, con el suave manto púrpura de la flor de la peonía: corolas carnosas, ovarios glabros, y 9 palabras: *el paraíso es más que la auscultación del presente.*

En la ramas de un alcanforero, la ropa recién lavada, a golpes, con los brazos todavía en alto por las pulsiones del sueño, donde salen de nuevo para restregar y golpear sobre lajas de esquisto.

Cuando aletea el murciélago en el mercurio que es el alma del esperma sagrado, con librea de dios del aire, el caballo lanzado al río no advierte el alba, el resplandor blanco lo confunde. La cabeza de la bestia fue lo primero que brotó de las profundidades, José abrazado al poderoso cuello, escarabajos de la tribu Lycidae en las crines; en su morral el trofeo de una piedra bola de roca metamórfica. Las aguas se calmaron, ya no se les oyó en celo turbio, y aún, arriba de la lluvia, los árboles eran doblados simultáneamente.

Las maravillas son muchas. Puede respirar, don José, escuchó que le decía el fotógrafo. A ninguno de los dos le tembló la mano. La foto fue tomada días después de que encabezara a un pelotón de rebeldes a Tuxtla, del ejército mapachista. Rompe la aldaba.

Habían entrado a la plaza central, recién bañados en las fuentes termales del barrio de San Francisco, envueltos en el vapor de sus cuerpos, —otra naturaleza de vapores en la abertura de la tierra. Los cascos de los caballos envueltos en yute. En la cintura pistola en funda de cuero repujado. Atrás de él, una manta resquebrajada con un paisaje que representa a una canoa de Canguí, al garete; no lo puede atravesar una flecha. La canoa aún más real que las palomas que entran por las rendijas de sus tablas, calafateadas con estopa y alquitrán. Cruje la quilla. Ojos almendrados, con la furia de la llama sosegada.

No sé si La Tigrilla todavía existe. En el Almanaque Bristol que me regaló papá José, estaban las indicaciones para cuidarse de la mujer con alas de oro

en la espalda, la descripción en 10 frases del Golfo de Malasia, las cantigas de Martín de Códax, y las naves ligeras del mar de Vigo.

9

Yo te veo desde la silla giratoria, abuelo, a gran velocidad, en la pared que se mueve,

*cuarteada, donde no puedo acostarme si no es de pie, sin zapatos,
al inclinarse tu retrato hacia el sur, hacia el norte, por la familiar sacudida;*

*jalo el freno de mano, advierto todo lo que está desajustado, chueco, meciéndome
adormilado en el asiento donde no estoy en paz conmigo mismo*

*ni con la superfamilia de garrapatas que se enganchan
a cualquier animal, de un salto, desde la hierba alta; las veo sacar sus navajas,
perforar la piel,*

tan hermosa la inclinación del globo terráqueo

10

Otra vez los cabreros no me escuchan. Todos vamos atrás de las cabras, arreando.

Golpeo la mesa con el cubilete de cuero, tiro los dados, cruzo los dedos.

Pongo freno a la silla. Nunca había sido tan hermosa la inclinación del globo terráqueo, dijo Inger Christensen.

IX. VARIACIONES DESDE EL AMANECER

José y Teodolinda vivieron en Chocohuital, bajo los cocoteros contenedores de ráfagas de sal y avispas marinas.

Conocieron la tempestad anual en esa aldea de pescadores, cargada con gelatinosas medusas de largos tentáculos, con células urticantes, que algunos lugareños dicen que llegan desde Japón.

Aprendieron a tirar la red, a descamar, a secar, a filetear, a cuidarse de la mujer con alas de oro en la espalda.

Enfrentaron los cristales de la sal, que penetran todo, y a la volcánica indiferencia de las avispas ahorcadoras, hijas de Hefesto, ocupadas nada más en su trabajo, antes del diluvio.

Se dieron cuenta que con la desaparición de las Pléyades, los peces y los insectos comenzaban a separarse, frágiles, con nueva vida, después de compartir escama y piel.

Comprendieron que Chocohuital era una isla, que viaja sin amarres y sin país. No había ningún enigma en esta comprensión, nada más era constatar una vida distinta que se inclina de otra manera, al percibir a las bestias pálidas de constelaciones muy lejanas, en alta mar.

Aprendieron de la otra gentilidad, la que dialoga sin traductores, y danza con pies golpeadores en arena plateada. No había más que el asombro, la alegría de los elegidos.

A veces, muy lejos, en la oscuridad total, veían pasar luces de barcos que Teodolinda pensaba que navegaban por el río de su pueblo natal.

Como larvas de cigarra bajo tierra vivieron pocos años. Incompletos, salían a dar de gritos, mudaban de piel, despleaban alas, el caparazón roto en el suelo. Destinados a morir al cabo de unos días, frágiles, en el último día del primer mes, a la edad de 1000 años.

José volvió a sentir el leve mareo al tocar el hombro de Teodolinda. Midió el esfuerzo. Les falta bajar por la duna madre en forma de arco tensado, que avanza, se acumula en parvas, uvas cristalizadas, arenas nómadas, les dijeron. No les preguntaron de donde venían.

Ya viejo, José creyó ver pasar un barco, de un jalón detuvo la yunta, los bueyes medio levantaron la cabeza, más por el cansancio que por la fuerza de su brazo y lomo arqueado.

Se acordó que ella y él, en aquella isla que de cuando en cuando se alejaba más del continente, habían convivido con fantasmas que no eran suyos.

A sus costados yertos, sin ruidos de batalla, piedras compactas del fondo del río.

Dispuesto el lavatorio, han de retornar las piedras al fondo de donde fueron arrancadas.

Todo sacudimiento de la tierra, produce un leve mareo. El peso de una mano en la cabeza le hace ver a una criatura más bella que una peonía, lo hunde a

un río recién rememorado, al cielo que corre como un carrito tirado por una cabra blanca. Y un pozo.

Los frutos no pueden madurar más tiempo, deben deponer sus propiedades, devolverlas a la tierra, cuando los árboles no pueden crecer más ni quitarse los hilos de la piel.

Para desconectarse de la paja dorada, hay que esperar la réplica en la noche que se aleja y se deshace.

No podrás despertar en la mesa porque eres un extraño, esa familia no es tu familia, esa ráfaga de sal que pasa no es tu ráfaga. ¿Qué es esa música concedida en la parálisis cerebral? Has dejado pasar el río que se aleja, se deshace sin pedirte un vaso de agua.

¿Qué buscabas? Piedad para esos huesos a la orilla del río. Las plañideras han recibido su paga.

José hizo lo que su padre y su abuelo hicieron en otro tiempo, cruzar a caballo el río, entrar al pequeño bosque de alcanfor, donde iba a ser movido su corazón a desbordarse.

Teodolinda hizo lo que hicieron su madre y su abuela, entonar el canto nupcial, llevar los caballos a las ramas bajas de los alcanfores.

Las jóvenes esperan en la otra orilla, los jóvenes a que las aguas se calmen, puedan llegar hasta el turbio fondo, recoger una piedra bola, levantarla a manera de triunfo, volverla a tirar al río,

para que otros, los que vienen, puedan recogerla algún día.

Siempre habrá muchachas con gavillas en las manos que los esperen en la otra orilla para unirse con ellas.

Las antiguas baladas nupciales celebran estas uniones junto a los alcanfores, después de la guerra.

El 5 de junio de 1920 fue la primera vez que en el pueblo florecieron al mismo tiempo todos los flamboyanes. ¿No escuchaste los gritos de júbilo?

De nuevo estoy en Chocohuital, donde nace la luz y el continente se aleja cada vez más.

X. A INGER CHRISTENSEN

Cuando Orión y Sirio,
cuando las Pléyades,
a orillas del cielo,

existen cercanas al final de su vida,
un futuro de 250 millones de años,
existe el ruido que produce esa débil
agonía,
la culebra deshidratada en el estanque,

el ruiseñor y su telar de mayo, halo rojo cuando hace la calor en las fábulas
de la tejedoras, el ruiseñor y su pareja, la dulce amiga, con la blusa abierta
empapada de mayo, existen porque cantan a dúo,

cantan hasta bien entrada la noche, por encima de cualquier débil agonía,
por encima del ataque de cualquier depredador (entonces el canto de amor es
alarma que suena como el croar amplificado de las ranas),

—algo se puede traducir de esa bulla a lengua latina: “huir”, “peligro”—,
(en versión muy libre),
y cantan: existen en el cielo, oh Hesíodo, por encima de cualquier constelación,
sobre la belleza del tiempo (san Agustín)

yo estoy con mi amiga,
bajo la flor de ese canto,

cuando esa avecita con su canto nos alegra y regocija en la Primavera,
nombrada en latín: *Luscinia*, porque canta al alborada. (Sebastián de Covarrubias),

existe el rruiseñor sobre el lomo de un buey, estampa proveniente del Bosco o de su escuela familiar;

existen las aglomeraciones de cigüeñas pintadas de rojo, que contrastan con el campo pálido y la razón, también pálida;

existen otras dulzuras carnales, los 2 jovencitos dentro de la torre de coral, existen los

enterramientos dentro de las viviendas, existe un bebé dentro de un vaso de cerámica transparente,

y existe la fuerza ordenadora del azar, las cigarras ordenadoras de vida existen, Orión

y existe Inger Christensen, y su silla amorosa, giratoria, fija en el vuelo,

Inger existe,

traducciones al danés del lenguaje de los rruiseñores del Nuevo Mundo, existen

valles muy jóvenes,

cuando existe el país disciplinado de cigarras de la poetisa, existe la

Estrella Perro,
el esperar de 250 millones de años, la fuerza del instinto, el esperar para trasladar esa fuerza a otros 250 millones de años,

en esos millones de años el ruisenior casi va a perder la respiración,

atado a la fuerza de la flor helada, tallada a mano, como las Pléyades,

lascas en el estanque de la flor profunda, estrecha, vacía, para decir

los soñadores, los trovadores existen, escriben para no ser soñados ni leídos,

a veces existen en los sueños, aparejados en los sueños igual que parejas de ruiseniores,

cuando la culebra ordeñadora de mujeres recién paridas se hidrata en el estanque

—mete la punta de la cola en la boquita del bebé para que no lllore—, entre los peces que han esperado fuera del estanque celeste

la agonía del cielo,

la agonía de la buganvilia blanca, la agonía de la buganvilia roja,

la agonía débil de los desiertos, la agonía débil de los resucitados,

aunque existen los fusilamientos, las fosas comunes

Hesíodo dijo No No

No

hay lugar para los tiranos ni para el que habla con torcidas razones,
el huésped asesinado por el hospedero, existe,
existen los que honran al ejecutor de crímenes, esos que hablan con
torcidas
razones, cada uno saqueará la ciudad del otro,

¡Hesíodo!, el pueblo termina pagando la locura de los reyes,

¡oh reyes tragones de obsequios!,

expertos criminales sentados en sillas de criminales,

cuando las Pléyades

40 noches y 40 días ocultas

reaparecen al afilarse el hierro,

el comienzo en la muda de ropa, otra vez las cigarras, las mal amadas cigarras
existen, y el futuro, y el futuro y el vinagre, interrumpe Inger, yo la veo, la oigo,

repite, dice, las bombas atómicas existen,

no puedo leerla, es como Orión y Sirio, como las Pléyades a orillas del cielo, la veo

en mi cama de tierra que existe, en los muertos que existen (son ideas de
último momento),

en mí este comienzo primaveral sin cabalgadura nunca va a terminar, un comienzo de caballo sin freno,

la novela íntima que crece entre paredes de canto negro, sin testigos,

estoy con mi amiga bajo la flor de ese canto que va a durar miles de millones de años,

nos movemos como plantas acuáticas en el estanque, como culebras hidratadas,

algo grita el vigilante del Telar,

recoge todo el trabajo de Deméter,

desnudo haz la siembra

desnudo labra,

desnudo siega,

no orines contra Afrodita con las vergüenzas manchadas de semen, (sigue Hesíodo),

la estridente cigarra

posada en el árbol
difunde su agudo

cantar insistente

al afilarse el hierro

bajo las alas,

Hesíodo existe,

Cuando Orión y Sirio,

cuando las Pléyades,

muy abajo del cielo,

ese techo tranquilo,

las plantas acuáticas abajo del firmamento,

permanecen en silencio,

ellas tratan

de decir tu nombre, al final

13 de mayo, por la tarde.

XI. ONDAS DE FRACTURA

1

Desperté, con mucha sed, a unos 100 pasos del ojo de agua.

Oí que el arroyo brollaba hacia abajo: entraba al campo de la sagrada paloma.

En los primeros huesos agrietados las hierbas glabrescentes atraen al pájaro lampiño, entre los huesos peludos de la noche con aura de migraña.

Calculé no debía de haber desde ahí al alba 3 horas, porque la Boca de la Bocina está por encima de cualquier cabeza, hace la medianoche en la línea extendida del brazo izquierdo.

2

No es necesaria la hoz. Hay que continuar a tuestas, con los brazos cruzados para que no se vaya a soliviantar la paloma, y lo irremediable aparezca.

3

Había aprendido la lección del abuelo paterno, Hermelindo Oliva, que se

guiaba con la ciencia de los pastores, y del Quijote, cuando, Automedonte incansable, gobernaba la caravana de carretas hacia Los Altos, por los desfileros del Escopetazo, maravillándose con las constelaciones del temprano universo, y con los sonidos de las 13 campanas del Paso Estrecho que marcan la hora del Angelus, dan noticia de los nacimientos y las muertes.

Aún en las Antípodas las escuchan.

4

Bebí agua con el ansia del segador sediento de Charles Soubre; luego de bañarme, me volví a dormir.

Mi cerebro se desencogió, recuperé al instante mi habilidad de pescador, y, con mi madre el agua, nos volvimos a consentir.

5

En la bitácora de trabajo, trazos de una geografía y cosmografía inexistente; más allá el Paraíso. En la tapa de cuero, se puede leer: *el firmamento tiene movimiento circular, no tiene comienzo ni fin; está en sí mismo, nada hay fuera de él y no es infinito*. Debajo de este texto el retrato de Ramon Llull, de grabador anónimo. Yo, mudando de piel, desplegando alas.

6

Fue la aventura de los batanes, me dijo. Cuando despiertes oirás un estruendo similar a una tormenta eléctrica. Si no ves en la oscuridad la Osa Menor, no te atrevas a ponerte de pie.

7

La flor de anís es Marte. La canela, Mercurio.

8

Aprende a escribir la caligrafía Palmer, para que todo sea legible, y los accidentes superiores de la escritura influyan en los inferiores, línea a línea.

Que la inmensidad por donde caminas sea tu escenario, con todo y alimañas venenosas.

Que no te importe rechazar eventos inesperados. Sobre todo aquellos que te puedan distraer cuando quieres incluir el sonido de una chirimía, que es del gusto de todos los caminantes.

Debes de regocijarte en la niebla que surge entre los pinares: son las deposiciones de los insectos. Es uno de los gozos de la naturaleza que debes compartir.

Eres un niño descalzo, con la cara llena de tierra. Debes imaginar a Li Bo en el santuario de las mariposas blancas.

9

Oyes el zureo de la paloma, su perfume te pone un manto: vuela a tu hombro de segador, te hace callar. Camina por tu brazo, cada vez la oyes más lejana.

10

Lo primero que aprendí fue amansar esa paloma salvaje, con plumas en el pecho como suaves cabellos; le ofrecí un sorbo de agua con el cuenco de mis manos, la vi echar su cabeza hacia atrás.

Una paloma con estalactitas y estalagmitas en el esqueleto, igual al esqueleto fósil del *Epidexipteryx* en el yacimiento de Daohugou.

San Pedro y san Marcos un día me revelaron en un sueño cómo tenía que excavar hasta encontrar el esqueleto del pequeño dinosaurio. Muy bien, adelante, hazlo. Me dijeron.

11

Lo segundo que aprendí es que se trata de un libro que no hay que imprimir, o copiar.

Con dibujos de empeño científico: la descripción de especímenes de la naturaleza, la coloración aproximada de animales representados, o el pelaje o plumas, o el número de patas, etc; esbozos de estructuras de fosas poco profundas con nidos de tarántulas y campamentos al aire libre fuera de contexto, sin un paisaje o una actividad; varas de azucena, copia de Leonardo; un ropaje en movimiento, un perro corriendo; las máscaras de respiración para mineros inventadas por Humboldt; chozas en forma de triángulos escalenos, con galerías de lanzas cruzando el costado de un hombre con cabeza de mandril, o de rinoceronte: imitaciones de pinturas de la Gran Oquedad, y la sombra retorcida, en un rincón, del artista encaramado en un andamio de piedra vercosa. Un meteoro con alas y escafandra. La vulva-nácar con ojo triangular. Amasijo de costillas, astadas cigarras. La osamenta de un gigantesco oso hor-

miguero. Una ranita tocando su tambor. Criaturas habituales para nosotros, los de estas tierras. Libro de las Aproximaciones, sin principio ni fin. En el centro, Júpiter; con dátiles.

(Quien sueña cae en algo, en un pozo o en la cueva de Montesinos. Con su propio cuerpo forma un vientre, regresa a la madre anestesia, al viraje curvo, al ascenso sin respirar, como Llull).

Y la calca, con crayones de varios colores, de los personajes y animales del libro *Speculum Naturale*, del dominico medieval Vicent de Beauvais, que fray Gonzalo Ituarte le había dado en préstamo a mi abuelo en la parroquia de Ocosingo. Libro sin eje de referencia, desubicado como los flamboyanes de Madagascar.

No debes de encariñarte con ese libro, que no tiene las costuras singulares de tu mano.

Mejor que fluya en tu habla como la paloma salvaje; no lo acaricies demasiado tiempo.

Las vides granaron con el sol, dice el libro.

12

Vicente, discípulo directo de santo Domingo de Guzmán, había estudiado a Avicena y a Hesíodo, de ahí el ornamento necesario y el innecesario, las páginas que se arman con yuxtaposiciones reiterativas, contradictorias; con ideas ajenas, con préstamos de la sabiduría popular. Con el registro de acontecimientos cósmicos y bélicos. Escritura que de los excesos intuye lo que comienza y lo que nunca va a acabar. Variaciones de la creación.

La belleza brilla, respira. Hermosas mujeres amasando vasijas.

Como el poema de Li Bo, escrito en su adolescencia, en el género *fu*, parte en prosa y parte en verso; variaciones desde la naturaleza, dijo Ituarte. Siempre refulgirá el arte de Vicente, le dijiste a Ituarte.

Me di cuenta que el esqueleto de un dinosaurio dentro de la paloma salvaje, igual que el libro que estaba leyendo, no sobreviviría.

13

Cuando la caravana se detuvo en la parte más estrecha del sendero, el cartógrafo disparó la escopeta. Del otro lado, donde los abismos se expanden, enormes, pesados, y las cascadas parecen pequeñas, ligeras, llegó la respuesta: otro escopetazo, y luego otro.

¿Cómo no abrir las manos para que el paisaje regrese?

Las carretas comenzaron a traquetear, a tener explosiones rayanas a las de la Planta Hidroeléctrica El Burrero, después del reposo obligado. La gigante telaraña les abrió la red.

Hermelindo Oliva enfundó la escopeta junto a la puya sánscrita, hizo desenfrenar la carreta madre, y al ir pisando muertos, “¡que la tierra muerdan con los dientes!”, gritó en su insensatez. Quiso arrancarse la desvelada cabeza, agobiada por el peso del yelmo, igual que Aldana.

Con los disparos aparecieron los animales más humildes, fueron a lamer de su mano.

¿Cómo no acordarse de todo esto? ¿Cómo no platicárselo a mis hijas y nietas, sentado en un taburete de piedra?

14

Me acuerdo que empuñé una lanza de prolongada sombra, vi sobre un escorzo de nubes al anciano con tiara y barba, cargado de rencor. Del otro lado a dos jovencitos acariciándose.

Pedí bajar del cielo una cuerda de oro, até a un extremo de ella todas las flores de retama.

Se aproximaba a su término la noche, las constelaciones ya estaban colgadas, había ocurrido ya sus dos terceras partes; no quedaba sino sólo la tercera. Y el cansancio que te quita la piel como un guante, lo cuelga en los péricos de huesos blancos: la fruta de Zeus.

15

Ladislao, el hombre que nos había dado paso, montaba una mula torda; olía a pólvora, a trago fuerte.

Al acercarnos subió el quinqué hasta su rostro, pude ver la capa gris que lo envolvía, la barba blanca, hirsuta, la nariz aguileña, el sombrero de cono truncado, la bufanda de lana negra. Atrás de él tres rocines cargados con garraones de aguardiente, baúles atados con cinchos de cuero repujado.

Altanar, Ribadavia, Abraham, según el rumbo o el lugar distinto apellido como cartas bajo la mesa de conquían; Oliva, Nómada, Hervás, cuando limpia

los arreos, quita el polvo de los libros y pergaminos del bisabuelo. La escopeta atravesada sobre la silla de montar. Me acordé que hay muchas cosas que no sobrevivirán, como las narradas en este Libro de Fractura.

Se comienza a jugar. Se revela la primera carta de la baraja. No hay que declarar el juego en tablas, o se dará gusto a Satanás. El caballo de copas tiene escrita una frase: “*Ai va*”.

Altanar desentona canciones obscenas con los gariteros, voltarios y albardanes que han visitado el campamento. Cada que pierde, él mismo es un irreligioso que se encabrita, sacude la melena, saca un as debajo de la manga mientras recita la Balada de los Ahorcados.

El árbol de retama, en el mar amarillo de dicarios biflores, con exuberantes trenzas. Aún no ha habido tiempo para dar un vistazo a Afrodita.

16

Ahora bien, traigo en este garrafón taberna de Chicomuselo, savia-derriba-monos de la palma de coyol, espesa, con mosquitos ahogados; toma esta cerbatana, bebe. Después del segundo mareo, sentirás débiles las piernas; después del tercero, ansias de mujer; no vayas a querer salir corriendo, pues caerás sin perder la conciencia. Ixbalanqué es muy pequeño, es un dios cachorro que juega con la cabeza cercenada de su hermano; no le hagas caso cuando se te aparezca con actos de magia, matando y resucitando a un perro en el entarimado.

Otro día cerbatanero.

Ya no habrá cuarto mareo, ni escritura sigilosa ni carmina figurata ni libro

de naipes ni S de serpiente en los sellos; ni urracas ni cuervos arrancando la barba y nuestras cejas. Podrás seguir a Francois Villon que en *rejalgar y anhidrido arsenioso*, canta. Te sentirás en el barrio morisco del Raval, recordarás las cantigas de la Comarca de la Safor, podrás atravesar un vidrio sin romperlo. —¡Auxilio! ¡Auxilio!—. Y de nuevo Villon: *¡Las palanganas en que se lavan las venales ninfas!*

No sé cómo lo cuentas, dijo Ladislao Hervás. No has apagado el quinqué. Cumple con tu papel de jugador.

17

Los baúles eran el gran misterio. Junto a una pared de la montaña, los hombres y mujeres de la caravana, sentados o de pie, esperaban que se iniciara el sacrificio del tierno pelibuey, —que desconocía su origen africano—, en manos del engañoso mago.

Gritaban obscenidades, danzaban sobre lajas ardiendo. Bebían la savia del maíz parasitado.

Hermelindo daba órdenes para que la tropa de carreteros, bueyeros, comederas, rezanderos, macheteros, músicos, dejara de arremolinarsse, se apaciguara. Espantaba a los perros sin collar.

Afinaron las flautas de carrizo de Copainalá y Copoya, las chirimías de Izapa; los violines, tambores y guitarras de Chamula y Yalentay, para estar prestos a la música con final abierto y final cerrado.

Abenámbar Melendre, *muxe* de Juchitán, fue requerido por Abraham Hervás o Ribadavia Nómada o Altanar el Vareador, para que lo ayudara a que nadie le

fuera detener la mano en el momento del golpe final. No se valía que alguien más poderoso que él le fuera a interrumpir su trabajo.

Con la rodilla puesta contra su hijo musculoso, deslanado, cerezo, barriga negra, movía los hombros, la cintura; entre las junturas de huesos la hoja de doble filo penetró. Entonces, de pie, Corto la vena media, la que comienza en el extremo inferior de la espina dorsal, remonta por el lomo hasta el occipucio, pasa por el cráneo suave, acaba por delante en el bello superior, ya dormido.

Luego me yergo,

miro a mi alrededor, satisfecho; limpio el cuchillo, lo guardo. Nadie se dio cuenta que practicaba las enseñanzas del maestro matancero Ding, cocinero de Wen Hui, según nos dice Zhuang Zi en una poesía cantada.

Abenámar bailaba, casi sin moverse. La fiesta duró hasta que los dioses los dejaron abandonados, con el hilo de relatos en la boca. Con las sobras sebosas de la matanza.

18

Una luna mucho más grande y brillante de todas las que hemos visto en este viaje. Está en su punto más cercano a la Tierra, media hora antes de que entre a su fase de llena. Va a causar variantes mayores en los mares de los océanos, afectando el ascenso y descenso en estas cañadas y voladeros.

El hígado asado y exprimido del pelibuey, va a remediar la pérdida de visión para aquellos que entraron en conflicto con este trastorno anual.

La Amazona va a volver a la normalidad, hasta que encuentre el templo de

Poseidón. Se apresta a combatir contra Aquiles, después de cortarse el seno derecho.

Sobre nubes pacíficas, navega una barca con velas de pinceladas suaves, apenas la podemos distinguir, se encuentra al fondo de una pintura de Bramantino. Es lo mismo que vemos en este instante, un paisaje con olor a yodo, a formol.

Un fragmento terrestre, una arquitectura al-Andalusí y miles de conexiones luminosas bajo la estructura frágil del vuelo, alas con el tizne del tlacuache. Nadie sabrá nunca que estuvimos aquí.

Baja y trágame, parece decir a la luna de acetileno el anciano que descarga baúles sobre piel de ternera. Es un conejo jorobado entre los enseres, con los ojos rojos, sin tiara de oro. La disminución brusca de su cuerpo, le produce dolor.

Ladislao va acomodando los instrumentos de trabajo, igual como lo hicieron sus abuelos en el barrio morisco de Owraba o Awriba. El pasado es un país infinito de somnolientas y estrechas calles, donde él ya no puede entrar de prisa ni saltar desde un muro ni pedir a nadie que baje y lo trague. Desde la aldea empinada, puede ver el cordón de dunas que bordea a la playa mediterránea.

Aunque sea un incrédulo, aunque haya olvidado 100 veces los rituales de recitación, aunque ya no cavile en pasar por el Portal del Fossar, ir por los vecindarios de piedra hasta el cementerio, el olor a cuero lo resucita, le da un nuevo cuerpo. Se quitó la plegaria que llevaba en la bolsita colgada al cuello, se puso a leerla en voz baja.

Volvió a caminar por la morada de las ciencias, a recorrer las almenas de los campamentos de los salmos. De nuevo atravesó el vidrio sin romperlo.

Migración nocturna de aves, silueteada contra la magna luna.

Me acuerdo que los zopilotes tienen la capacidad de retardar el amanecer oscureciendo el carro de Helios con sus alas. En ese momento acomodé el rollo de vaqueta para suelas, entresuelas, bóvedas, lengüetas, contrafuertes para forrar tacones de caoba; saqué las cuchillas de acero de cortada blanda y cortada dura, el martillo para fijar la piel sobre la horma de madera rojiza, el *gouger* liso, abridor de hendidos, las leznas para agujerear la piel, hacer bordados de aguilillas, tucanes, monos, tarántulas; pétalos de jacinto para los que están de luto. Al abrir las tenazas de montar, al desenvolver la franela donde guardo los hierros de sitio para el abrillantado de los cantos, al acariciar el galgo-martillo-fino-largo para clavar tacones ya armados, y estacas, bisagras, alisadores, escofinas, recobré la memoria y los *virelais* de mis antepasados, zapateros remendones que atravesaron continentes, océanos, islas, capaces de hacer zapatos a un ciempiés, *Douce Amour, confortez moi*. Un estante para ir acomodando todo. Cuando los zopilotes desaparecieron, los carreteros ya tenían sus botas, huaraches, zapatos de fiesta, sandalias, y los calzados de sus familiares añorados, también hechos pedazos, para su reparación, junto a mí, perplejos por mi trabajo. Pasión Cuchillo me ayudó a dejar en su lugar el burro-trípode de acero. Los dos huixtlecos, Berlaín y Máximo, que tienen alas tatuadas en la espalda, escoltas del convoy, dejaron en el mojón de la retaguardia sus mosquetones, con cadena y candado. Sólo siguieron abrazando sus carabinas cortas. Abenámar me puso las manoplas de cuero que dejan los dedos libres para aminorar las callosidades. Alguien tocó una guitarra, me pareció que era la música tristona de algún paraje en la Selva Negra, que una vez escuché, hecho pedazos. También me ayudó a ponerme el mandil de gamuza cantábrica, a sujetarme el tirapié, la correa a los muslos. Antes de sentarme en el taburete, el más humilde de los asientos, volví a leer, ahora en voz alta, la plegaria medieval. Recité el verso de Jehan de Lescurel. Después me eché un puñado de clavos a la boca.

Azúcar mascabado, con olor a ron añejo, almidón, arroz, anís del mono de los hermanos Bosch y Grau, en la etiqueta las botellas ostentan un primate humanoide que sostiene un pergamino que proclama: ES EL MEJOR. LA CIENCIA LO DIJO Y YO NUNCA MIENTO, café de las fincas de Emma Tenkel, cacao, garbanzo, ropa de saldo, harina, monedas de oro y plata, cal para nixtamal, cal con sal para blanquear paredes de adobes, cal gruesa para fosas sépticas, frutas en conserva, plátanos prensados, (fetales), encurtidos de jocotes agrios, tarros con la jalea real de abejas hibleas, almanaques Bristol, piloncillo marrón, sirenas silbantes de Metepec, instrumentos de labranza, naipes españoles, quinqués y porcelana china con pinceladas del Maestro Nada, alfileres y agujas esmaltadas por niños de manos invisibles en Kirkcaldy, Escocia, altares portátiles, aguilillas y monos disecados, una gran cama para que domine la alcoba principal de una familia de abolengo, sea usada sólo en los partos y defunciones, alcanfor semisólido, latas de sebo, frascos de fetos y cadáveres de niños embalsamados con la ciencia del holandés Friederik Ruysch que les inyectaba colorantes y fijadores egipcios para que obtuvieran la tensión tisular y el aspecto exterior de los seres vivos, un esqueleto en posición llorosa, titiretera, secándose las lágrimas con un pañuelo, dos cadáveres en posiciones dramáticas como si fueran actores en escena, y una redoma con 135 mililitros de azul de metileno que encargó un médico para aquellos que no pueden encontrar su camino a casa, y arrastran mantas de un lado a otro.

Atrás habían dejado los mesones a lo largo de las cuestas, los puestos donde se venden estampitas con oraciones a san Pedro, la Puerta del Sur azotada por el eterno presente, los guardias de fronteras que nunca vuelven la espalda, y

el peñón tambaleante posado sobre una pequeña roca, al que no se atreven a llegar los extranjeros. El sendero por donde fluir.

Antes de despedirse, Ladislao le platicó a su nieto de la copia barata del *Cristo resucitado*, pintura de Bramantino que había heredado de su abuela, —la describía arrastrando un carretón desvencijado—, Bienvenida Hervás-Owri-va, y que ella había intercambiado por vasos y platos de cobre en un taller de pintura, junto al Convento de Nuestra Señora del Rebollet, cerca de Denia; ahí, le dijo, el poeta Ibn al-Ababar, descendiente de fabricantes de agujas, había rastreado muchos siglos atrás, su origen mutilado, a través de las palabras Awaba>Awreba>Awriba>Owriba>Oliva. De la nave con un mástil en forma de T que está al fondo del lienzo, y de la gran luna, es de lo que hablamos anoche. Como ya estaba borracho, cambié la arquitectura clásica del cuadro, e inventé lo de al-Andalusí, con un golpe de vara, sin levantar polvo. Soy Vareador. No puedo parar. Permuté un valle joven, como un buhonero, por un valle viejo, sin esperar a que llueva. Pero sí te puedo decir que en mis correrías, me he encontrado con ese Cristo resucitado, con luz indeficiente e inaccesible, como lo vio san Pablo. El viaje que él emprendió es el mismo que estamos haciendo nosotros, también coléricos por no encontrar el camino a casa. No podemos dejar de *tirar las mantas*, donde están nuestros nombres y apellidos. Nuestro origen mutilado.

Yo le regalé a mi abuelo una estampa de un príncipe ejecutado.

¿Cómo vas a poder ocuparte de un tirano en el primer arrebato de cólera?, me dijo.

22

Me acuerdo que si no es mentándoles la madre a las mulas y a los bueyes, no andan.

Me acuerdo que los huixtlecos sabían más que nosotros de temblores, igual que los de Izapa. Daban año y hora de cuándo las montañas van a suicidarse.

Me acuerdo que después del temblor, que se sintió desde el Lago Cocibolca al Valle de México, no había nadie que no esperara las réplicas, en descampado.

Me acuerdo que ese año a Rubén Darío le tocó en Metapa. *Y la gente en los patios y calles se arrodilla, medio desnuda*, escribió dos o tres años después, en París.

Me acuerdo que los arrieros decían que los Oliva tienen la memoria de una mula.

23

*¡Oh tú, maestro matancero Ding, y tú
Nómada, zapatero remendón, y ustedes
carreteros, bueyeros, macheteros,
cuenteros, musiqueros, comideras,
escuchen la chirimía que resuena
como el mugido del pavón
al llamar a su pareja!*

XII. LO QUE COMIENZA

1

La barca con velas transparentes, descendió casi a los pies de Ribadavia Nómada. Ha llegado de muy lejos, tal vez del Egeo. Su visión alterada le hizo dejar antes de tiempo el cuaderno donde había trazado los primeros bocetos de una balandra de 3 velas, con un mástil en forma de T, y una cubierta superior de maderas superpuestas, de cedro vinoso. Había calculado concluir cuando el sol comenzara a sonar como vidrio roto. Todo al revés.

Después del primer golpe, esperaba que repercutiera el segundo y el tercero sobre su flaco pecho, con la vara que nunca florecía, para fortalecer el viento propicio hacia otra isla. La niebla no lo dejaba abrirse paso sobre el muelle con tranquilidad, la desmesura de su atarantamiento le hizo decir, ¡ah, qué chingar!, y todo se puso en calma, al desaparecer el océano. No interrumpió su trabajo de zapatero.

Y de nuevo cabalgar al corredor, al cuarto de alacranes, a los astros de la sala.

2

Ribadavia se acercó al carruaje, los hombres que lo conducían desengancharon a las bestias, las vigorizaron con masajes fuertes, fomentos calientes, para

desentumirlas; ellos se untaron árnica con belladona, para desentumirse.

Le dijeron que venían de Veracruz, que iban muy lejos, a otros países, cerca del Estrecho Dudoso.

Bajó un hombre con traje de lino de Badajoz, sombrero de carrete, se saludaron con gran solemnidad, intercambiaron corbata de lazo y bufanda. Soy el doctor Luis Henry Debayle-Pallais. Pidió que le bajaran del coche una mesita y dos sillas plegables, playeras, las colocó cerca de la ventanilla de la góndola, donde a través de una cortina egipcia, translúcida, podía ver la triste figura de su paciente.

Debayle imitó un gesto de mago florentino, de la nada surgió una licorera de oro cano, gongorina, con dos vasitos, uno con la figura de Píramo, y el otro de Tisbe. Nómada ya había puesto un mantel bordado con ranas rojas, un plato de peltre con queso salado, butifarra, camarón seco. Para no quedarse atrás, hizo un gesto hipnótico, partió en el aire dos limones cimarrones, se les destemplaron los dientes.

Terminado el coñac, siguieron con el comiteco reposado que hizo aparecer el trashumante de una de sus alforjas de Hita. El planeta anfitrión volvió a iluminarse, el galeno fue visitado por Mnemósine, con la cual puede hablar, y en ese río, contrario a todos los ríos, escuchó que al enfermo le tocaban sus 3 cucharadas, cada 4 horas, dijo, de láudano de Sydenham, que lleva opio de Esmirna, azafrán cortado, canela de Ceilán, clavos de especia para vino de Málaga. Ahora le voy a agregar una copita de comiteco de los agaves casi azules de ese valle fronterizo, Balún Canán, que me acabas de ofrecer, y te voy a dar un trago, Peregrino Gris, para que tú, cátaro, acólito de Ludwig Feuerbach, conozcas a Dios.

El hombre vestido de cartujo, enclaustrado, sin parar de hablar, está mudo.

El auriga y los dos criados, pasándose una garrafa de ron, taconeán sobre tablas para los asentamientos del carruaje, al fin porteños. Luego lo harán sobre maderos vinosos superpuestos de una balandra de 3 velas, apenas bocetos en el papel. Las ranas rojas, panzudas, a punto de desovar.

Dura la sal de que habla el Dante.

3

...en el escenario de unos cuantos centímetros de altura, vociferamos por encima y por debajo de la lámina de agua encharcada...

...¡cómo cantan las ranas en primavera...!

...desovamos sobre la piel de un animal sacrificado...

...emergemos como adultos pequeños... poseemos una cola que será reabsorbida en unas pocas horas...

...perdemos los dientes puntiagudos, los arcos branquiales... ganamos la membrana de los párpados... nuestros intestinos se acortan para adaptarse a la dieta carnívora...

...nuestros ojos emigran hacia la región frontal de la cabeza, ya huesuda, acorde con la vida de depredadores...

...croar, croar, croamos al llenarnos de aire los sacos gulares... croando a los muertos del invierno...

...las mujeres-cántaro rehúyen nuestro esperma porque les quema la vagina... nos masturbamos debajo de una calabaza...

...nuestro sistema solar tiene una cola como los cometas en el espacio dominado por la gravedad; más allá la estela de hielo tiene la forma de un trébol de 4 hojas...

...al evaporarse alcanza millones de kilómetros...

...¡cartografiar cada uno de nuestros cerebros para no extraviarnos...!

...cortamos las hojas pediceladas, con el cuchillo del maestro Ding, en la mesa quedan las lubinas sobre urdimbre árabe... adormecidas, las comemos con jugo de limón, saben muy buenas, saben a la vulva de las ninfas venales...

...les quitamos las alas espinosas una a una, trabajo paciente de astrónomos...

...no les dejamos ni las colas; nos las tragamos con chile verde toreado; saben a las crías del Halley...

...nos metemos en otras cañadas, gruñendo, cacaraqueando, abrimos zanjas con mellados cuchillos, mientras cagamos y orinamos...

...como Ajax libres de aparejos y esquilonos...

...saltamos de la cuna para explorar el resto de la galaxia... nos encontramos en el vecindario de otras familias de estrellas... la última será restregada como luciérnaga en nuestros escudos...

...somos escarabajos de caparazón dura, todavía humeantes... cuando nos perdemos encontramos el camino a casa mirando la Vía Láctea...

...exactamente del tamaño que nos ven los escarabajos de los últimos planetas...

...ya perdimos la cola, flotamos entre las hojas del trébol...

...somos un sistema sin planetas... chapulines alborozados que brincan como pelotas de hule... montañas que se suicidan cada poco tiempo, dando de gritos, coléricas, fuera de cualquier eje...

...contemplamos a Aldebarán, la hermana mayor...

...¡alimento y excremento!... ¡ranas y un árbol muerto!... ¡cacaraqueo y calabaza!... ¡hielo!...

¡...vuelofuertecortocarriquíverdiamarillourracaquerreque...!

...nos pasamos de mano en mano la pipa con figura de Deméter, para someternos a una *incubatio*, una muerte a tiempo, atentos al carruaje que se balancea en el abismo...

...robustecemos con ungüentos mágicos a los árboles antes de que se metan al mar...

...tienes la sensación de que no puedes caminar, las dunas se suceden después de encajonarte, tragarte... una de ellas aparece... otra de igual densidad y altura desaparece...

...un escudo de roca volcánica... flujos de lava petrificada... cactus con miles de años de vida...

...Áyax está perdido, bebió el agua salada del malvado tesoro de su corazón...

...yo señalo el cadáver de una pitahaya convertida en una pieza extraña con piel humana...

...estoy seguro que el cerebro de mi paciente pesa más que el de Víctor Hugo...

...jamás pensé que pudiera acariciar a la diosa que ha sido devuelta a su pedestal...

...tú señalas a la mula torda que piensa 7 veces en el día cómo matar a su amo...

4

En general a todos habla la escritura, dijo Juan Ruiz.

No se ha apagado la voz del Arcipreste, cuando el carruaje se parte en pedazos a la orilla del voladero. Los hombres que lo conducen insultan a las bestias.

El doctor Debayle le regaló un vasito de oro en forma de flor de ciruelo. Herbás le regaló un lince nublado de los Chimalapas, tallado en ámbar.

Pesa nada Rubén Darío.

5

Al llegar a San Cristóbal, Hermelindo Oliva dijo que tantas lejanías y follaje sin numerar lo estaban atormentando. Este refajo de cartas, estos versos recogidos en los campamentos de cazadores y leñadores, estas noticias, avisos, que he tenido que memorizar año con año, alterándolos, añadiendo frases de

Cervantes y de otros bienquistos, aumentando o disminuyendo la realidad a mi capricho, para almacenar todo en legajos donde ya no cabe una letra más, y, por contaminación de otras églogas, ni la oscuridad entre mis dedos. No sé de quién hablo. Soy un reptil glorificado. Me he convertido en un devorador de papel. No me cabe una letra más. Me tapo con los antebrazos ambos lados de la cara. Esta casa eterna.

Me olvido de las mantas amargas y del lugar donde quedaron colgadas.

6

Algún día voy a jubilar a todas estas mulas de espinazo duro, a estos bueyes sin alas. Los voy a llevar por los bosques de Nucatílí, o de Ixtapa, o de Olgelito, o de Chapultenango, o de Gleguas, o de Penialhó, o Nadaburé, o Actectic, o Iglesia Vieja, a donde vea que se les reviven los ojos de pájaros muertos; ahí les voy a agradecer uno a uno el servicio que me han prestado en tantas leguas caminadas, les quitaré el bozal, los cinchos de cuero tensado, todos los arreos de protección, los dejaré en libertad para que sus pasos los lleven a donde quieran, se vayan a pastar junto a sus antepasados muy remotos, los uros y los mastodontes.

Yo me iré a dormir, muy cansado, a las tiendas de algunas lozanas guatemaltecas.

¡Si no es mentándoles la madre, las mulas y los bueyes no andan!

En la coplas pintadas yace la falsedad, dijo Juan Ruiz.

XIII. CON JUVENAL, Y ESCENAS DEL BOSCO

1

Año de 1968, lo recuerdo bien, mi amigo Leopoldo Duarte, en su tienda, *Libros Escogidos*, Avenida Hidalgo sin número, a un costado de la Alameda Central, me regaló las *Sátiras*, de Juvenal. (*Traducción: Antonio Espina. Dibujo de cubierta: Estrada. Colección de bolsillo. Edime/ Caracas-Madrid, 1966*).

“Es un libro ácido, que arde, estrangula, ten cuidado con él, trastorna al que le urge librarse

de la manía de escribir,” me dijo, amenazante, riéndose.

2

“Los hombres del porvenir podrán comprobar que no ha habido una época tan llena de maldades y vicios como la nuestra”, leo al final de la primera *Sátira*. Comprendo que Décimo Junio Juvenal no tiene país ni edad, que sus poemas no pertenecen a nadie.

Soy un hombre alcanzado por ese porvenir, que no esperaba un final desastroso, en su propia casa. Que apenas atisba desde esa casa la belleza disconforme con la belleza conforme.

3

¿Qué es lo que está pasando? Lo que no se puede controlar, supongo. Deseamos una vida limpia y vivimos una sucia: la vida de la vieja historia; la del país demencial del Bosco.

Sin embargo, la compulsión primordial de la luz perdura en los fragmentos de las fábulas y extravíos de la belleza; en los telares donde se trabaja un tejido irreplicable, sin desfallecer.

4

¡Honor al dinero! Han erigido templos blancos y gélidos para adorarle. Donde somos obligados a hincarnos.

El constructor de esa belleza minimalista, nos mira a todos con desdén desde lo alto de un carruaje blindado, sobre almohadones blandos. Luce un anillo con un león de dos cabezas, en cuyo compartimento secreto reposan gotas de arsénico con extracto de *taxus baccata*.

5

Con Juvenal, estoy atento a todo lo que nos agita, para sentir el corazón que brinca a la manera del corazón de los anfibios que tanto se parecen a nosotros, por nuestra doble naturaleza.

Como el satírico, no quiero curarme de la manía de escribir, a pesar de la constante historia de los envenenamientos. Ni desarraigarme de la belleza conductora del tiempo, que apenas avizoro.

Juvenal supo que las trampas que rodean al hombre son tantas como la espuma que rodea al que se zambulle en el mar. Espuma que nos envenena el pensamiento; amortaja la cabeza cercenada de la Musa.

6

No existe la belleza perfecta ni la imperfecta ni la que busca un segundo nacimiento. Existe la demencia de los cerrados a la belleza de este tiempo. La que busca un tercer nacimiento.

7

En el país del Bosco un carro de heno es escoltado por guardianes devotos del dinero. Los cofrades se empujan, se golpean, se atropellan. Yo mismo yazgo bajo las ruedas del carro.

Matones que han secuestrado a un hombre, lo amarran a un palo, se alejan con la paga del rescate, con la ropa de la víctima.

Otra escena: una pareja baila al son de una bandurria, mientras cada uno del público toma lo que puede del heno dorado.

Por todos los rincones de los trípticos las tentaciones del Maligno: los orificios de su máscara se agrandan para observarnos; una legión de lestrigones, sin prescindir del sueño, con doble sueldo, ejecutan sus órdenes.

Nada parece negar al Bosco. En el barco llevado a costas por una criatura mitad murciélago, mitad reptil, peces rápidos vuelan por el aire. Hasta el barquero participa en los excesos, lanza escupitajos al mar, deja caer el remo para

que lo muerdan las olas, se atraganten con los pedazos.

¡Aves carnívoras regurgitando!

Una mujer flagelada brota de un tronco hueco. Los iracundos colgados de ganchos de carnicería.

Una operación quirúrgica para extirparme la piedra de la Locura. Yo soy el hombre que mira hacia ustedes, aunque en realidad lo que se me está extirpando es una flor, un tulipán.

8

Muy lejos, muy lejos. Sentado en la banqueta de mi casa, me detengo para escuchar la chirimía de don Ubaldino Villatoro, músico sagrado de Izapa. Desde sus pulmones hinchados dice que los días no retornan con los actos coléricos.

9

El pájaro carpintero que está en el flamboyán de mi casa, con el pico saca los gusanos ocultos bajo la corteza de ese árbol llegado de Madagascar. Los saca de sus escondrijos, los devora. Yo apenas lo avizoro. Esa es la fuente de la vida. Es la fuente de la inagotable fantasía.

10

De pie, entro al campo de la sagrada paloma. Someto a prueba la ligereza de los materiales con los que trabajo. ¿Son los que me cubren, los que me pesan?

¿O son los frutos del engaño y el desperdicio? ¿Acumulados en los lugares propios e impropios del Bosco? ¿Donde el blanco y el rojo han perdido sus atributos humanos? ¿Una destrucción deliberada de nuestros bienes eternos, de nuestros bienes caducos? Es tan difícil apostar a la reinvencción.

11

Empinado me dispongo a esperar la extinción del mochó, lengua con sólo 141 hablantes, en las faldas del Tacaná; y a que me agarre el furor del puzunque con esos 141 habitantes del planeta.

Y en el volcán de niebla eterna meterme sin preguntas a las cuevas con olor a esperma de ocote.

12

¿Dónde están las cosas que hay que multiplicar? ¿Dónde están los fragmentos que hay que restar? ¿Dónde están las partes que había planeado ensamblar? He borrado todo para dejar nada más espacios blancos.

Puedo decir, como Amós, que las palabras tartamudas no pertenecen a nadie. Otro engaño.

13

Hago a un lado los momentos de profundo escepticismo, al escuchar a la cigarra que dice, “tienes que salir, yo me ocuparé de los depredadores”. Muy cerca, a mi izquierda. Medio ladeándome.

14

Por orden de Trajano, Juvenal fue desterrado a Egipto.

El poeta escribió: “Los egipcios son verdaderamente monstruosos, sería difícil narrar las supersticiones que practican; donde yace la antigua ciudad de Tebas, la de las 7 puertas, no se rinde culto a Diana”.

15

El carruaje blindado que mencioné en las líneas de arriba, no termina de pasar. Lo escucho sentado en mi banqueta.

16

Siempre he estado agradecido con Leopoldo Duarte, por el regalo que me dio. Polo me dijo que Antonio Espina, el escritor madrileño paisano y amigo de su padre, había sido elogiado por Juan Ramón Jiménez. Que había combatido toda clase de inmoralidades y vicios, en la España franquista. Que en el punto muerto y el ruido, no ignoró nada. Y a su amenaza le respondí, riéndome, que después de tantos años, no me urge librarme de la manía de escribir.

Viene hacia mí y nos abrazamos. Nos reímos los dos.

17

Tuxtla, Chiapas, a 5 de enero, 2016, por la tarde.

XIV. ABRIL, 2016

Entra en mi pecho, deja tu albergue oculto,

mudo silencio,

escribió Juan de Jáuregui, para comunicar de un golpe que el efecto amoroso

expira al separar la flecha clavada

en el inmenso corazón, cacharro desfondado, de la poesía,

ayer de plumas, máquina para reparar lo que no puede el amor,

hoy de silencio, el pataleo nonato, apremiante, de las palabras intervenidas, que

no cesan.

Jáuregui entra al campo encabezando a jinetes criminales.

XV. NADA 2 VECES

1

Por la respiración pulmonar de la tierra,
el platanar del cielo se cubre de frutos,
el vaso se queda sin sed, muerto de agua.

2

Antes de que Madagascar se desprendiera de África,
el mundo era menos bello; algo faltaba en la palma
de las manos: las flores sin órbita de los flamboyanes.

3

Hoy mi palabra es un sueño,
que no pesa nada. Una isla

a la deriva, un solo cabello.

4

Si quieres saber que vives
en agua poco profunda
que no puede sostenerte,
quiebra un vaso de tierra.

5

Que amanezca, que amanezca,
a las raíces profundas no llega
el ruido de la cascada abierta.

6

¿Mediste la estatura de los flamboyanes?
¿Con tu cuerpo?

7

Se elevó sobre el templo de Poseidón,
a 60 kilómetros al este de Atenas.
Una luna mucho más grande y brillante
de todas las que hemos visto en Tuxtla.
Hoy mi sueño es una palabra cargada
de ignorancia, con el deseo repentino
de escapar por el espacio, sin dejar la
casa. Ella no se ha desprendido del te-

jado. Mi problema son los números cósmicos, que no entiendo, y sus conexiones con los números terrenales que no cuadran en la bitácora del cosmógrafo que anota relatos arborescentes condenados a existir junto a relatos arborescentes que no existen. En este hermoso estanque del mar Egeo, escúchame, ando en busca de noticias de mi padre, nadie me ha dado razón en tierra firme o en el mar entre las olas de Anfitrite, —veo caer peces de los pliegues de sus ropas—. ¿No me dices nada, no has escuchado nada? ¿No ha pasado por aquí algún caminante? Me olvidé de todo, nada más al verla bailar en las olas, rodeada de focas de natátiles pies, hijas de la hermosa Halodsine, reptantes, no una simple metáfora del mar, era la luna entera, la que ahora veo deslizarse por los tejados de Tuxtla, así como la vi, ojizarca, en la fachada norte del palacio del Louvre, no una simple metáfora de una diosa sino una mujer real, muy bella, la luna misma. Ebúrnea, en el patio cuadrado de mi casa. Con el deseo repentino de correr arrastrando una manta por el empedrado de las calles.

8

*El corazón de Rubén fue movido a desbordarse
el corazón de Ladislao fue movido a desbordarse*

*el corazón de Hermelindo fue movido a desbordarse
el corazón de José fue movido a desbordarse
el corazón del Arcipreste fue movido a desbordarse
la poderosa ola de la inundación lunar imponente
levantamos la cabeza hacia ella, estiramos el cuello
hacia ella, voy a contar este sueño a mi madre, dije*

9

*Sobre paredes de canto negro, que existen
levitamos con el deseo de escapar de la cuna
sobre capas de cal negra, que existen
para no pisar nunca más el suelo
sobre tejas leonadas, que existen
para patear el suelo como una mula de alquiler
sobre tablas de pesar, que existen
para llegar al costillar de hierro que sobresale de la arena
por encima de las olas como almirante de los muertos, que existen*

10

Por el terreno empinado, vio el cerro
cortado a tajo, recuperó el alma que
se le desprendía de la boca, con alas
de oro,
no era el
momento final, nadie lo había herido,
ningún inmortal a su alrededor, el imán
de la cueva y el fin de la continuidad

de las ventanas doradas, superpuestas,
que había contemplado desde su niñez.

Alimentó el fuego con estoraque,
envuelto en hojas de tabaco negro,
empalideciendo la luz de las cosas,
iluminándose la barba de insectos
y otras
manifestaciones de belleza tímida.

Una hendidura en lo sólido, teñida de rojo,
labios vulvares, segundo y tercer nacimiento,
ávida de semillas y briznas de hierba, a tien-
tas, galaxias de selenita, apariencia de hielo,
multiplicidad de planetas, maternidad de pie-
dra, lenta al arrullo del agua, al calor y al silencio,
conserva un azadón de hierro que se halla sus-
pendido, se puede agarrar con la mano, pero
nadie consigue arrancarlo, en ese instante
penetra y desaparece en el interior del útero.
Después vuelve a su sitio de costumbre.

11

Los ancianos de Yalentay cuentan que se prendió fuego a esa cueva, regada con petróleo y vinagre, con el propósito de abrir sus paredes y conseguir arrancar el azadón, pero fue en vano. Los hombres de cráneo rapado, con un mechón pequeño en la frente, cansados con lo infructuoso de sus tentativas, yuntaron bueyes fraylescanos, ataron trozos de cuerda ensebada al hierro. Las

bestias, acostumbradas a los valles sin fin, se derrumbaron rebotando como odres de viento en el esfuerzo para arrancar el instrumento de su sitio, sin ninguna fortuna. La antojadiza diosa, con sólo una guedeja, que distribuye ciegamente los bienes y los males, los había abandonado, pero dejó dobles amaneceres y atardeceres en el diamante oculto, el del futuro. Los esquilados saqueadores de tumbas, destructores de siembras, en su cerrazón y cólera, destazaron a hachazos los bueyes. Los tiraron a los perros. No creían en sueños. Alguien dijo que este cuento había llegado de Bolivia o Perú.

En mi casa se contaban estas historias. No tienen país de origen. Son como los meteoritos que al chocar con el escudo de la atmósfera se desparraman en fragmentos de luz, y algunos de ellos llegan hasta nosotros, sin reconocernos. He vivido la infancia sin articular palabra.

12

El esfuerzo lo hizo caer del taburete.
Abajo, otros cerros, otro tiempo y un
pedazo del golfo de Tehuantepec, casi
otro acontecimiento lunar, para ciegos.

Voy a contar este sueño a mi madre, dijo.
Esa noche no conversó con las mulas.

XVI. LEJOS DE CASA

1

Es tanta la angustia de no tener país, que no vas a encontrar más cadáveres.

No podrás soltar esa angustia hasta que la retuerzas, devanes como un hilo que se va formando en la rueca.

El alma de cada hilo es tu propia alma.

No dejes que los criminales determinen el lugar donde vas a disponer el telar.

Las cotorras tejen en sueños sus esferas, cada huevo confiere a una esfera peso y alma.

Teje el rostro del apátrida que no encuentra el anafre ni la botella de plástico con agua; junto a él agrega camisas sin brazos y aviones sin piernas. Y si te emocionas pon a los aviones a punto de despegar.

¡Únete y vuela con las cotorras que emigran a otros países!

2

Escucha a la sonora cigarra posada en el árbol más corpulento; difunde su

agudo cantar que insemina y sacude el valle estrecho: luz que descansa en las delgadas túnicas que deponen.

3

Que entre esa luz convertida en cigarra, con el asunto viejo de los dobles sueños. Como los ahorcados, con las vergüenzas manchadas de semen.

4

Teje con retazos. Una enfermera vendrá a buscarte; piensa en el arte de echarte a dormir.

Desteje a la criatura ensimismada que hay en ti. Cambia de telar, al despertar ya no habrá relatos.

5

¿Las cigarras viajan con los equipos apagados, para que no las atrapen sus depredadores?

¿Ninguna podrá llegar al romperse el vuelo como se lee en cualquier fábula, con los hijos ciegos?

¿Podrás diseñar el viaje? ¿Serás capaz de viajar a la buena ventura? ¿A velocidades distintas?

¿Después de hibernar?

6

Una vena intervenida, desde el cuello hasta los tobillos. Y otra desde la ingle hasta el corazón. Al final un clavo de bronce. Ya tendrás tiempo de hacer un tapiz con esta materia.

7

No vas a encontrar más cadáveres. Tu país es un anafre olvidado, una botella de plástico vacía.

Fragmentos, repeticiones, memoria oral, diario íntimo, todas las iniquidades del lenguaje, existen.

Como existe la demencia de los abiertos a la belleza de este tiempo; como existe la cerrazón a esta demencia.

8

Y los fusilamientos, las fosas comunes, las gigantescas pantallas para los tiranos, los labios cosidos con agujas capoteras para los que hablan con llanas razones, existen. Existen.

9

Dispuesto el lavatorio, han de retornarse las piedras al fondo del río de donde fueron arrancadas.

10

La niña que conduce el carrito tirado por una cabra blanca, entra al manantial de donde proviene. Se cambia de ropa. No ignora que es una parte pequeña de la belleza de las cosas.

11

Mudar de piel. Forzar paralelos, sentir las resonancias, volver a cambiar de ritmo, volver al remanso, ay, así era el remanso sordo, en el cuerpo sordo. Con tres almohadas bajo de la cabeza, para no estallar en el flujo y reflujo de los ácidos. Quitarse los hilos de la piel, enhebrarlos, colgarlos en el perchero. Tapar el espejo con una manta de terciopelo. Arritmia. Constelación desactivada. Bajas hasta la cocina, de naturaleza única, sin laberintos, sonora como una narración: te maravillan las caprichosas formas de las tazas, redondas o alargadas; en ellas nunca se extingue la luz, parecen formaciones calcáreas en una cueva. Las ollas, sartenes, cucharas, dispuestas en forma cuidadosa, como siguiendo un plan. Forman un círculo, y otros círculos donde se apilan montones de platos, vasos, cucharones, y junto a ellos, círculos de piedra con fragmentos de huesos quemados; marcas de fuego alrededor. Tu corazón ha vuelto a la tranquilidad, prendes la estufa. Desde un sitio tan ordinario nada tiene sentido simbólico o ritual. Ay, no hay ninguna voz interior en tu pecho, en tus tímpanos, o por encima de tu cabeza. El refrigerador truena como una carreta.

Como un casuario austral incubas los huevos de tu hembra, en el lecho de humus de Australia.

12

¿No te arredra la guardia nocturna que con picas y lanzas recorre las calles y murallas de la ciudad?

No saltes líneas. No deseches nada sin sentido. Todo es tu cuerpo. Lo único que tienes es tu cuerpo tejido con alambres de púas.

13

Vuelve a tu casa, dijo la cigarra, yo me ocuparé de los depredadores.

14

Desnuda lava el vellón del borrego, en las ollas de barro, con agua a punto de ebullición.

Orina de pie. Acuchilla el saúco rojo, recoge la savia con cucharas fabricadas con su tronco.

15

Cuando mudas de piel, despliegas alas, con el caparazón roto en el suelo para comida de escarabajos-rinocerontes. Llegas al tercer día, luego al cuarto día, a la edad de 1000 años.

16

Variaciones de la creación. La belleza brilla, respira, mírala, escúchala. En una concha. Hermosas mujeres lavan los telares, con hilo de seda viajan, se dejan llevar por el viento.

17

Después de orinar levantas el muslo, muy quieta, y ese único movimiento es la celebración del nacimiento de Afrodita.

18

Esta noche el telar será tu mujer, te dijeron.

XVII. LOS TESTIGOS

¿A quién allí el primero? ¿A quién allí el último mataron al querer abrir la puerta? ¿A quién comparable a los dioses, a quién domador de caballos, el lancero de La Tigrilla, y el de la faja abigarrada de La Safor? ¿Y a Hermelindo, el de Las Ánimas, el mejor vidente de los Altanar? Nadie debe regresar a su casa, ni Ladislao, el zapatero remendón con las manos llenas de costuras, con mil nombres bajo la mesa de juego, ni José, ya en el suelo blando tendido, dueño ya del campamento de los salmos, todos ellos héroes que abrazaron el futuro, catapultados, golpeando la puerta desvincijada, que nadie va a abrir, nadie va a escuchar el puño tímido, ni Abraham, padre e hijo, remeros a contracorriente, del otro lado del campo congelado, porque nadie los va a entibiar, a desdecir en la última adivinanza, a contradecir en la casa natal.

XVIII. CAJA DE HERRAMIENTAS

1

Yo no me he muerto en todos los días de mi vida, dijo Sancho Panza.

2

Los ojos redondos, acuosos, de las mulas y bueyes, me veían como pájaros muertos en el lodo. Y lloraban.

3

Los zopilotes, con la capacidad de retardar el amanecer oscureciendo el sol con las alas, hundidos en sus pensamientos, y en el culo de los perros muertos.

4

Un conjunto de montañas, unas ocultas a mis ojos, otras en todo su esplendor de sobrevivientes. La obsesión de entrar a esa espesura es porque está al fondo de una historia que no es la mía.

5

No asisto al final de una expresión que me paralice, sino a la obsesión por la debilidad de escuchar las herraduras de las mulas.

6

En la noche retiro las redes, un ruiseñor atrapado, y a la siguiente noche, otro ruiseñor. Y se echan a volar, en las gotas de la anestesia.

7

Bajo la cascada abierta me quedé dormido. Mi cuerpo sirve de tranca para retardar lo inevitable, que es la claridad.

8

Me acuerdo que una de las lozanas guatemaltecas hablaba como si estuvieran floreciendo al mismo tiempo todos los flamboyanes.

9

Me acuerdo de la botella de azul de metileno, y de que unas cuantas gotas limpiaban el estanque de peces en la casa. Igual que a los cerebros de los impacientes.

10

Abenámar Melendre, dándole de comer a las gallinas, echándose el pelo hacia atrás, murmuró, *cuánto pica el sol*.

Las soltó para que se volquearan en el polvo, amenazando a los perros rastreadores con un palo, y él mismo se dio respuesta, *más pica el amor*.

11

Se va haciendo tarde, primero en mi brazo izquierdo, luego va entrando el calor nocturno más que de paso.

12

Me acuerdo que me dijeron, ¿cómo vas a poder ocuparte de un tirano?

¡A chingar a su madre el tirano!, respondí. Y compuse una copla.

13

Atrás habíamos dejado los mesones y fondas, colgados en los picos de la niebla. Aquespala. Aqueságuila. Aguaimá. Otros nombres para descolgar. El viento que marca arrugas, blanquea cabellos, unce toros al alma atribulada de los extranjeros extraviados, sin mantas.

Todos llevábamos una bolsita colgada al cuello.

14

Algunos platicaban que habían visitado Alaska o China. Arreciaba el Mal de Montaña. El viaje que harían después de la muerte, no les iba a satisfacer. Cada uno aparenta historias a través de historias prestadas. Yo, de mucho escucharlas, no sé ya quién las dijo. No le hace.

15

Para hacerme escuchar patearé el suelo como una mula sin atalaje, dije.

Al despertar alguien me preguntó de donde era, respondí que el nombre de mi país se me había olvidado. Que nada quede debajo de signo de escribano.

No todos queremos decir lo mismo con la palabra país. Es algo que no está bajo la suela de los zapatos.

16

Yo me metí más adentro de la funda, para no romper el vaso de mi cuerpo. Me acordé del licenciado Vidriera.

17

Voy a esperar a que aparezca el cántaro embrocado de la Vía Láctea. O no quedará de mí pez alguno.

18

Hay muchas palabras que se deben romper con los dientes. Otras que no deberían de existir entre los dientes.

19

Voy a escribir coplas que le amarguen la vida al tirano, que persiguió a mis abuelos, a mi padre, a mis hijos. Hará lo mismo con mis nietos, mis biznietos. Respiro hondo por la herida familiar.

20

Ladislao escupió, señal que quiere cantar. Igual que la Gananciosa de *Rincónete y Cortadillo*.

Abenámar se adelantó:

*Por un morenico de color verde/
¿cuál es la fogosa que no se pierde?*

Cántese a lo llano, y no se toquen estorias pasadas, dijo Pasión Cuchillo, remedando a Repolido, el alcahuete de la novela de Cervantes que le pegaba a Cariharta porque la quería.

Bajo la capa, con el corazón mojado, casi sin respirar.

21

Estoy seguro que el cerebro de mi paciente pesa más que el de Víctor Hugo, dijo ya borracho.

22

¡Vaciar cada uno de nuestros cerebros para volver a rellenarlos con larvas de mosquitos para rabiarnos!

23

¡La pulpa arrugada y fea, un trébol de 4 hojas!

24

Mientras cagaban y orinaban, se pasaban la pipa con figura de Deméter, una muerte a des

25

tiempo. Jamás imaginé que pudiera acariciar a la diosa que no ha sido devuelta a su pedestal.

26

No estoy tan loco —respondió Sancho—, mas estoy más colérico.

27

Tal día lo agarraron, lo azotaron, lo enchiqeraron. Que nada quede debajo de signo de escribano.

28

La verga. Lo agarraron a vergazos. Se puso buena la verguiza.

29

Muy bien,
adelante,
hazlo.

30

Al despertar alguien me preguntó de dónde era, respondí que el nombre de mi país se me había olvidado.

31

No estoy tan loco, pensé.

32

¿No ha habido país o lugar o recodo de algún camino o esquina en la Sala del Crimen para explicar algo de esto?

33

¿Para no extraviarnos?

34

¿Algo que se da una vez al año?

35

¿Cada siglo?

36

¿Alguien está ahí?

Puse fin a las preguntas. Vi a los hombres que volvían a sus casas, borrachos, después de que celebraran el banquete funerario. Me di cuenta que nadie me haría daño. Oí el llanto de las mulas y bueyes.

Madre distribuidora, madre nutricia, pura y joven.

XIX. CERCA DE NAVENCHAUC

1

La niña que conduce el carrito tirado por una cabra blanca, podrá ver la luz que descansa en las fábulas de las tejedoras, junto a la laguna que ha olvidado el manantial de donde procede; cuando ella se detenga para escribir sus notas de campo, los murciélagos cargarán con lo que resta de la noche. Ella habrá olvidado que es una parte de la belleza de las cosas.

2

Li Bo recita: En lo alto, un duraznero crece, le llega gris, la niebla. Yo planté con mis manos ese árbol; llevo casi tres años sin verlo. La niña coge la flor y no puede mostrármela.

XX. CAMPO COMPRIMIDO

Este campo que no volverá al mar,

—como quería Miguel Hernández,
es el cuerpo cubierto por mis manos y por el temblor de mi boca en sus espigas;
cuando reposa en mi pecho con poco aire.

La algarabía que me llega es el de las semillas
encapsuladas en las vainas:

serpientes que van a donde quieren, hasta anidar y multiplicarse en la corteza
del cerebro;

a falta de pies y manos
tejen y destejen
el manto de arriba
el manto de abajo;

al trepar se contraen como acordeones;

otras semillas se trasladan sin destino en paracaídas: al viento estéril:
por miles: en los buches de los pájaros: corazón que las riega con sangre;

o ignoradas, en las patas de los insectos caravaneros;
o hechizadas, atrapasueños

en el estiércol de tapires obesos,

—Sí, sé
de excesos;

invisibles, en la sangre de los murciélagos.

Vibra la vegetación ennubarrada, llueve sobre las varas afiladas,
meneándose como dioses de tallo leñoso;
“toco el laúd, silbo largo tiempo”,
dijo Wang Wei.

En el cuerpo de Miguel Hernández llora una cabeza felina,
se levanta un mar del tamaño de la palma de una mano;
las arañas pescadoras hacen vibrar la superficie de los humedales
para acercarse a su presa;
me
sumerjo y buceo rápido para ocultarme en el fondo, junto a los renacuajos
de las cañas.

Ese ruido en el agua.
Es el campo que cae.
O las parejas de estrellas,
como moscas con alas
de hada.

Cuando me acuesto en las paredes,
al orinar me agarran calambres en los dedos,
más intensos que cuando el campo
se desprende del telar.
Con poco aire.

XXI. BLOQUES ERRANTES

Grullas en vuelo trompetero, sobre los techos de nieve del monte Ararat,
cruzando el Edén, sobrevolando Erevant,
resistiendo el Diluvio Universal,

cabezas tonsuradas, abanico gris sin abrir en sus traseros, las veo
en el patio de mi casa, y no puedo explicarlas en este mundo tropical,
cuando brincan tras escarabajos que no paran de trabajar.

En el patio se sostienen en un solo pie, en el otro
cargan una piedra, para que al caer se despierten.
Están adiestradas para picotear los ojos de los muertos.

Caracoles vacíos junto al Arca de Noé.
En el relato de una *passio latina*, Acacio,
primicerius del ejército romano para domeñar las provincias del
Éufrates,
en plena batalla con los rebeldes armenios, se le apareció un ángel.

La conversión de los 10 mil a la *religio illicita*.

Adriano los condenó a todos a ser crucificados. Contrató a sicarios del Cáucaso.
Reyes tributarios enviaron ejércitos. Envenenaron pozos y manantiales.

La *passio* no indica el año del martirio ni da otros nombres,
excepto el del *primicerio* Acacio, dice Salvatore Pricoco.

Mientras escucho a Scarlatti, que trabajaba por bloques, igual que Durero,
igual que los escarabajos de la tribu melolontida de la Frailesca, cuando
construyen aldeas en las osamentas de animales con los que se alimentan,
trazo en el aire un muro para desconcentrarme. Ese

muro no puede ser atravesado por una hoja de papel.

El martirio de los 10 mil de Durero. La perfección narrativa de Durero.

Percibo 6 bloques en el grabado. Me quedo con el más pequeño,
el que está arriba, a la izquierda, donde hay un árbol petrificado,
19 aves siniestras

6 perfectamente dibujadas
12 nada más esbozadas
1 hay que verla con una lente
de aumento

3 manchas

a toda velocidad sobre los cadáveres
y puntos lejanos, cabezas de clavos, gravitando, huevos sin reventar,
o simples ranuras de buril.

Algún dios puso esos huevos.

En una pintura al óleo de Durero con el mismo tema de la masacre de Ararat,
hay 140 figuras entre las que se encuentra
el propio artista en el centro del lienzo, con un *cartellino*
donde se lee

***esta obra fue realizada en el
Año de 1508 por Alberto Durero,
alemán,***

y en el bloque mayor un mundo tropical como el patio de mi casa.

¿Ese relato
es obra de un falsario que se escondía bajo el nombre de
Anastasio Bibliotecario (s. IX),
y dijo haberlo traducido de un texto griego?

Abro el odre que contiene todos los vientos, para que las grullas
agarren vuelo hasta donde se inclina el eje del mundo, antes de la matanza.

Una niebla invisible que cala la ropa, y hasta el alma. 29 de marzo 2016,
06:34, pm.

XXII. DUELO

El campo pertenece ya a los muertos.
Brazos y piernas en cruz, la piel flácida,
cárdena, aún intacta. La claridad florece
en la caja torácica, desova en los huesos
pélvicos, deja hilos tiesos entre la carne
que se pudre lentamente/ Más allá hay
otro cadáver reducido a su condición
de flor distorsionada en un espejo cóncavo.
La flor negra, endurecida, pegada
a la menuda lluvia, como si llevara un
traje de cuero, un casquete en los
pétalos. Al fondo de un matorral,
donde no entra la claridad, restos
diseminados por zopilotes y perros.
Las flores panzonas en el cielo
pertenecen a lo que se va,
al campo que se desliza, más
allá de hierbas con armaduras negras.
Y cuerpos que apenas han comenzado
a separarse de las almas familiares,
ya sin oxígeno/ Atrás de las
hojas lloran a gritos.
Metano, sulfuro de hidrógeno, amoníaco,

inflan las barrigas. El cielo translúcido,
oliváceo. La presión de gases al interior.
Ampollas rojas en el cielo. El desprendimiento
en capas de la piel, apenas se sujetan al
esqueleto roto, donde el vendaval se desliza.
Los gases y tejidos licuados abandonan
cuerpos a través del ano y otros orificios.
Los insectos humildes y los soberbios
comienzan a colonizar restos de cadáveres,
plantan banderas victoriosas.
Se entronan
en ese hábitat
como leones.
Los necrófagos desovan.
Nido de microbios.
Las plañideras esperan su turno.
La flor calla.

El campo larval se mueve bajo la
piel azul de los escarabajos.
Ácaros caminando como pingüinos.
Hormigas treponas. Avispas de culo
amarillo. Arañas subterráneas devoran
larvas y huevos de las moscas,
los parasitan. Tanta incandescencia.
Un aura de migraña.

Llegan al campo/ gritan de un lado a otro/
las odiosas Erinias/
se lamen las piernas/ la cerviz y los muslos/
se restriegan/ con jabón y estropajo/

XXIII. CARTA A MIS NIETAS

(Madrugada, marzo 21, 2017)

1

Después del largo sueño inducido, primero las cigarras.

2

Sal, dijo una de ellas, yo me ocuparé de los depredadores.

3

Contemplan a Aldebarán, la hermana mayor.

4

Con heridas y parásitos, entre las hojas de los platanales.

5

Vierten en la copa familiar, astros del largo sueño.

6

Tienen el cuerpo frágil del campo, con la caparazón dividida en dos.

7

Cuelgan en el campo limpio, de dos en dos, sin pensar en cosas inútiles.

8

Desde cualquier altura del andamio familiar, antes de que el campo las trague.

9

Viajan a la velocidad del tiempo, que es de 1000 días por segundo.

10

Viajan por las venas oscuras, muy lejos del Génesis, hoy por la madrugada.

11

Viajan por los agujeros del hielo, donde ocurre la otra belleza.

12

Camino arriba, ¿han pasado partidas en dos? ¿dentro de una esfera transparente?

13

¿Antes de que el campo vuelva a sus vasos de piedra?

14

Infatigables, a velocidad de escape, cuando la esfera se queda sin aire.

15

Flechas que se proyectan hacia atrás, sin dejar rastro en las fisuras del hielo.

16

¡Con los equipos encendidos en la noche!

17

El canto de las cigarras, otra naturaleza en los vapores de la tierra.

18

Ninfas en la fuente sagrada, sin el peso de las armaduras muertas.

19

Como letras en el largo despertar, en el ángulo izquierdo de la fuente.

20

Como la luz del cometa Halley, como la oscuridad del platanar donde caben los caballos.

(Mediodía, marzo 21, 2017)

1

Al abrir el libro, donde todo cobra vida, las páginas se rompen.

2

¡Desequilibrios y confusiones en la abertura de la tierra!

3

¡En la leche tierna, en la casa con patios añadidos!

4

¡Al golpear a las madres acurrucadas cuando paren!

5

Todo en el último temblor de las tejas y en la simple obsesión de las paredes por el vuelo.

(Tarde-noche, marzo 21, 2017)

1

Hay tanto que escribirles desde este campo marginal, que al callar las cigarras el campo se mueve de sitio, y mis ojos, con los párpados en alto, también callan.

2

Dentro de este libro, va esta carta, que quiere ser nada más una paloma que se encogió en mis manos, con cierta alarma futura.

3

Ya, ya. No quiero perforar la piel de este libro con tantos días puntiagudos, con flechas sin regreso, con espinas desde la hierba alta.

4

Una carta, como las flores de antaño, que perduraban siglos al secarse entre las páginas de un libro.

5

¿Escuchan el cantar insistente, bajo las alas de millones de años, muy abajo del cielo?

6

No quiero soliviantar a la paloma hambrienta, cuando hemos dejado la vasija vieja, y la belleza brilla, respira con nosotras.

7

El canto de las cigarras sabe a verano, a los caballos que caben en la sombra del platanar.

8

Ya,
ya,
la niebla invisible
cala la ropa, y
hasta el alma existe.

Sean
Indulgentes con las cosas inútiles.

9

Somos hermosas mujeres amasando vasijas.

(Madrugada, marzo 22, 2017)

1

Yo me ocuparé de los depredadores.

XXIV. LOS ADIÓSES

Como los flamboyanes que emigran. Con nombres y corazones flechados en sus troncos. Con aves, insectos y murciélagos. Con savia tan delgada, para fluir con facilidad desde las raíces hasta la frondosa copa de flores rojas. Emigran a otros lugares que no son los míos. De la calle de mi casa, hasta cerca del mar. Se comprimen demasiado rápido, chapotean al regresar a su estadio marginal. Emigran más allá de un muchacho despierto en la primera cólera. Se van felices, inaugurando cielos, después de tantos ensayos para crecer unos centímetros más; de tantas ramas rotas. Al llegar a los valles crecen con una salud prodigiosa. Al llegar a las montañas vuelven a los grandes vientos, a los linceas nublados. En el lugar de las tormentas eléctricas, ya no se acuerdan de mí. Me he quedado atrás, en la calle empedrada. Sacudimos nuestras grandes melenas, nuestras celebraciones.

Fue trovado durmiendo.

Los árboles se van. Cargados de belleza.

CHISPAS LEJANAS

Alfredo López Austin

Amigo Poeta, has invitado a comentar tu obra a un historiador que desentona. Contesto, debido al desentono, con más osadías que discreciones, declarando lo que *Lascas*, el título de tu libro, me provoca.

Acudo en mi apoyo a otro poeta. Zhuang Zi, el remoto taoísta, planteó un día: “¿Acaso puede haber hijos y nietos si antes no hubiera habido hijos y nietos?” La cuestión radica en que la historia está incompleta debido a que los historiadores, a fuer de tajantes, somos injustos. La historia está cuajada de evas y de adanes porque en cada terrón del mundo se inventaron parejas primigenias y procreadoras. Pero en la estricta realidad histórica, las evas y los adanes también tuvieron padres y abuelos y bisabuelos y tatarabuelos, y sus tatarabuelos también tuvieron sus tatarabuelos, tantos que las ramas se doblaron con el peso de los muchos ascendientes y los árboles se desgajaron cuando ya fueron incapaces de enhorquetar sus sueños. Fue un parto difícil, al que tú te referes diciendo que nuestros retatarabuelos fueron sacados con fórceps cuando colgaban “de los pies en el árbol de Newton, sin Adán ni Eva”.

En efecto, es otra la verdadera historia. Caídos, muchos retatas tomaron cantos rodados en sus manos —de pulgares oponibles—; los observaron —ojos al frente, visión traslapada—, y los percutieron hasta romperlos para hacerles una cara de borde afilado. Tras dos que tres machucones de dedos, lograron plenamente su objetivo: un utensilio milusos capaz de satisfacer cualquier necesidad inmediata. Pero vino entonces el gran descubrimiento: vieron los retatas, de reojo, que yacían diseminados por el suelo los restos de su obra. Allí

estaban las lascas, sobrepasando su plan, superando su meta, silenciosas, perfectas, verdaderas navajas que, además de cortantes, eran bellas. Los retatas abandonaron el núcleo para admirar, embelesados, las lascas. Eran también un fruto de su esfuerzo; pero tramontaban la previsión racional, el proyecto; eran creadores. La obra cambió a los retatas, pues siguieron transformándose en hombres, hasta ahora.

Te imagino, Poeta, trepado en tus lascas, volando como lo hacía el heroico Sun Wu-Kung, al cabalgar la nube maravillosa con la que dejaba atrás miles de *li* en unos instantes. Te imagino por los cielos, trasponiendo distancias, siglos y posibilidades. Te imagino en un cenáculo de poesía semejante al del monje San-Tsang —también llamado Tang y Tripitaka— en el Santuario de los Inmortales del Bosque, en su viaje del País del Centro del Mundo hacia el Oeste en busca de los textos sagrados de Buda. Tang fue arrebatado mágicamente del camino por un viento que lo condujo a un convite de poetas, y se inició la ronda. Los poetas resultaron ser, a fin de cuentas, los espíritus de un pino, un ciprés, un bambú, un enebro y un albaricoquero. El intercambio de poemas fue memorable.

¿Quiénes serían tus dialogantes en este viaje? Son muchos los pares que señalas en tu libro. Reproduzco parte de tu larga lista: Hesíodo, Juvenal, Cervantes (obviamente), (y otro obvio) Guillermo de Poitiers, Darío, Lucrecio, Garcilaso, Víctor Hugo, Li Bo (el inmortal poeta de la Luna), Juan de Jáuregui (quien siendo —además— pintor, pintó a Cervantes), Wang Wei (quien siendo —además— pintor, pintó aguas y montañas), Hans Christian Andersen, Inger Christensen (tu querida amiga, a quien dedicas un capítulo del libro), Zhuang Zi (el taoísta), Jean de Lescurel (colgado por crímenes contra mujeres), y junto a él Francois Villon (quien un siglo después escribió la Balada de los Ahorcados mientras esperaba, preso, ser conducido a la horca); en contraste con los infames, los poetas heroicos: Francisco de Aldana (caído en combate en las tierras marroquíes de Alcazarquivir), Miguel Hernández (muerto en prisión bajo el franquismo) e Ibn al-Albabar (el andalusí descendiente de fabricantes

de agujas —o de lascas—, alanceado por escribir “En Túnez reina un tirano a quien neciamente dicen califa”)... ¿Quién?

En un principio imaginé tu diálogo con Farid al-Din Attar. Eres, como el sufí, un recolector de aves. Te deleitas en jardines de delicias descubriendo aves que fueron y que nunca han sido. Las sigues tras los carros de heno. Sacas tu lente de aumento para encontrarlas en grabados de Durero. Escudriñas arcones de tesoros para indagar sus nombres, ya el de la luscinia que canta a la alborada, ya el de la espátula, a la que antaño llamaban averramia. Sobre todo, observas cuidadoso en los platanares, entre los flamboyanes, en el patio de tu casa, las que son de allí, y aún las grullas de “cabezas tonsuradas, abanico gris sin abrir en sus traseros”, grullas que no puedes explicar en tu mundo tropical cuando brincan tras los escarabajos.

Como el Bosco —o mejor, como Attar—, las enumeras tras comprobar que algunas no pesan nada en el polvo donde se bañan. Enuncia: “Torcecuellos, golondrinas, garzas, cigüeñas blancas, garcetas, ánades reales en el río sin fundamento. Cornejas, faisanes, cárabos, pavorreales, cisnes trompeteros, la abubilla con la corona de la Realidad... El charrán en forma de Z. La garcilla bueyera. Un zanate con un fruto rojo atravesado por su pico; garcetas apoyadas sobre agujas que enhebran una esfera... Abecedario de aves. Iracundas, tristes, indecisas, lujuriosas, vanidosas, desesperadas, inseguras, débiles...” Citas hasta a los zopilotes, con “capacidad de retardar el amanecer oscureciendo el sol con sus alas, hundidos en sus pensamientos y en el culo de los perros muertos.”

Attar relata cómo fue la asamblea de los pájaros. Acéfalos, buscaban soberano. La abubilla, confidente y consejera del rey Salomón, dirigió el coloquio gracias a su sabiduría, y marcó el destino: el País del Centro del Mundo, precisamente donde el Simurg, ave inmortal, gigante alado, había dejado caer una de sus sagradas plumas. Iniciaron la búsqueda; viajaron los pájaros: la codorniz concupiscente, el ruiseñor afligido de amor, el pavo real del jardín de las ocho puertas, el faisán prisionero de la incertidumbre, la tórtola

gimiente, la paloma en pos de fidelidad, el falcón atado al cadáver de este mundo, el jilguero de fuego, todos... Arrostraron los innumerables peligros del camino. Muchos desertaron; muchos otros murieron en la empresa. Sólo treinta llegaron, y al querer contemplar el rostro de lo Divino, encontraron en el gran espejo que todos ellos formaban el Simurg, que el Simurg estaba en cada uno de ellos.

Juzgo, Poeta, que tu palabra no fue forjada para el misticismo. No son sufíes quienes deben alternar en tus diálogos. Tu cuerpo lo irriga la savia de los árboles; tu mano se hizo para empuñar la lanza; tu voz nació ronca para enfrentar tiranos. Tú mismo lo aclaras: “No se puede hablar del Simurg que dejó caer en el centro de China una pluma espléndida”.

Sin tanto buscar, veamos que tú eliges en China un buen interlocutor: Zhuang Zi, el poeta taoísta. Cuentas que, en tu tierra chiapaneca, Abraham Hervás, asistido por Abenamar Melendre, el muxé de Juchitán, hendió la carne de un pelibuey. Dices que Abraham —y creo yo que sin evocar versículo alguno del Viejo Testamento—,

con la rodilla puesta contra su hijo musculoso, deslanado, cerezo, barriga negra, movía los hombros, la cintura; entre las junturas de huesos, la hoja de doble filo penetró. Entonces, de pie, Corto la vena media, la que comienza en el extremo inferior de la espina dorsal, remonta por el lomo hasta el occipucio, pasa por el cráneo suave, acaba por delante en el belfo superior, ya dormido.

Sigues contando que Abraham declaró, triunfante, tras la culminación de su obra:

Luego me yergo, miro a mi alrededor satisfecho; limpio el cuchillo, lo guardo. Nadie se dio cuenta que practicaba las enseñanzas del maestro matancero Ding, cocinero de Wen Hui, según nos dice Zhuang Zi en una poesía cantada.

Sí, así dijo el maestro Ding, según lo enseña el poeta taoísta en sus *Capítulos interiores*:

Ding el cocinero descuartizó un buey para Wen Hui. Primero golpeó la carne con las manos, enderezó la espalda, y pisando fuerte contra el suelo hincó una rodilla sobre el buey, y entonces su cuchillo hendía ¡zum!, cortaba ¡zas!, partía ¡crac!, [...]

“¡Has llegado a la cima de tu arte!”, exclamó Wen Hui.

El cocinero Ding, dejando el cuchillo, replicó:

“Más allá de toda habilidad, sólo existe el Tao para tu humilde servidor. Al comienzo de mi trabajo sólo veía el buey. Tres años más tarde ya casi no lo veía. Ahora, trabajo con mi espíritu y no con mis ojos [...] Sigo la estructura corporal de la res, penetro en las articulaciones, no toco ni una arteria ni un tendón y menos aún los grandes huesos [...]

Muevo la hoja del cuchillo lentamente hasta que... ¡zás!, de un solo corte la junta se separa; el animal se desploma como un montón de tierra. Entonces, de pie con mi cuchillo, me yergo, miro a mi alrededor satisfecho de mí mismo: limpio la hoja y lo guardo.”

Fueron abundantes las piezas que Ding destazó; pero nunca tuvieron la virtud milagrosa de las vísceras del pelibuey de Abraham Hervás: “El hígado asado y exprimido del pelibuey va a remediar la pérdida de la visión para aquellos que entraron en conflicto con este trastorno anual.”

Dejemos atrás las grandes bestias para volver la atención a los secretos de otras existencias. Wang Wei, el poeta pintor, cantó: “Apoyado sobre mi bastón ante la puerta / para disfrutar de la brisa / escucho las cigarras en el crepúsculo.” Amigo Poeta, tu obra rezumba coros de cigarra. Escuchas la estridencia cuando “posada en el árbol / difunde su agudo cantar insistente / al afilarse el hierro / bajo las alas”. Evocas cuando el chirrear de las puertas te rememora “las cigarras con sus equipos encendidos en la noche”, y tu boca se llena de

gustos cuando el canto te sabe “a verano, a los caballos que caben en la sombra del platanar.”

Zhuang Zi minimizaría tus sensaciones, ya jocoso, ya sesudo. En un giro guasón se mofaría de la paloma torcaz y la cigarra, al narrar la confesión de su salto desmañado: “Cuando iniciamos el vuelo presurosas / por alcanzar un olmo o un sándalo / a veces caemos a tierra antes de llegar.” En cambio, en un giro de fría razón, invocaría brevedades: “El hongo que sólo vive una mañana / desconoce el ciclo de la Luna. / La cigarra de verano nada sabe / de primavera y de otoños. / Así son las pequeñas existencias.”

No tardaría en llegar tu réplica profunda. Harías ver que no hay cigarra que reduzca su existir a un lapso breve: ha de contarse su ser en la banda sinfín de las causalidades. Es la sucesión de las metamorfosis. Es la Ley de las Transmutaciones. Sabes de sus parámetros propios; que “viajan a la velocidad del tiempo, que es de 1000 días por segundo”. Así existieron José y Teodolinda en Chocohuitl: “Como larvas de cigarras bajo tierra vivieron pocos años. Incompletos, salían a dar de gritos, mudaban de piel, desplegaban alas, el caparazón roto en el suelo. Destinados a morir al cabo de unos días, frágiles, en el último día del primer mes, a la edad de 1000 años.” Sabes también qué significa su muerte: por un lado, sus cubiertas desprendidas para dormir el largo sueño inducido; por otro, el sueño mismo. Cantas, Poeta: “Te levantas y ves miles de esqueletos. / Los árboles se van, cargados de belleza”. Son “las delgadas túnicas que deponen en el estío las cigarras”. Te introduces en ellas para comprender la totalidad; cómo subsisten en el cambio, en el sueño subterráneo, en las luminosas capas que quedan pegadas a las ramas, en los restos que caen; en sus vapores que fluirán de nuevo a la superficie de la tierra: “Cuando mudas de piel, despliegas alas, con el caparazón roto en el suelo para comida de escarabajos-rinocerontes. Llegas al tercer día, luego al cuarto día, a la edad de 1000 años.” Y dices: “...salen vapores de la abertura de la tierra: / [...] sin condenar a nadie, sin ningún síndrome adivinatorio, el canto de las cigarras: / otra naturaleza en la abertura de Castalia, sin el trípode de Castalia,

sin el peso de las armaduras muertas.” Comprendes el profundo sentido de su canto: “existe la fuerza ordenadora del azar, las cigarras ordenadoras de vida existen”. Sumergido tú en el cosmos, te sabrás incluido, metamorfoseado, y dirás: “Yo, mudando de piel, despegando las alas.”

Ante tus argumentos, Zhuang Zi tendrá que olvidar sus guasas y sus fríos razonamientos; deberá reconocer su error y –como la paloma torcaz, como la cigarra– confesar su propia transformación:

Una noche, Zhuang Zhou / soñó que era una mariposa, / revoloteando feliz y contenta de serlo. / Pero no sabía que era Zhou. / De pronto, Zhuang Zhou se despertó, / sorprendido de ser él mismo. / Ya no sabía si era una mariposa / que soñaba ser Zhuang Zhou / o Zhuang Zhou que soñaba ser una mariposa. / Entre mariposa y Zhuang Zhou / hay una diferencia. / Eso es lo que se llama / “transmutación de los seres”.

Concluamos el desentono. Tras el juego de reflexiones y filosofías, descansemos en la diáfana claridad de Li Bo, que canta ante un espejo: “Mide mil varas mi cabello cano. / Y mis tristezas miden otro tanto. / Me miro en el espejo cristalino, / y no me explico por qué está escarchado.” Y en soledad: “Alzo la copa, y convidó a la Luna. / Ella, mi sombra y yo, venimos a ser tres amigos.”

Querido Poeta, es tan fuerte la escarcha de la Luna que ya nos parte en dos, cuerpos y sombras. Juntémonos los cuatro con los tres de Li Po, y tres hombres, tres sombras y la Luna seamos siete para alzar las copas.

Ciudad de México, 14 de junio de 2017.

ÍNDICE

Lascas, 7

Chispas lejanas, 177

Alfredo López Austin

Lascas, de Óscar Oliva, se terminó de imprimir en junio de 2017 en Matadero editorial, Cerrada Mártires de Tacubaya 1Bis, 3A, Colonia Escandón, C.P. 11800, Ciudad de México.

Te imagino, Poeta, trepado en tus lascas, volando como lo hacía el heroico Sun Wu-Kung, al cabalgar la nube maravillosa con la que dejaba atrás miles de *li* en unos instantes. Te imagino por los cielos, trasponiendo distancias, siglos y posibilidades. Te imagino en un cenáculo de poesía semejante al del monje San-Tsang —también llamado Tang y Tripitaka— en el Santuario de los Inmortales del Bosque, en su viaje del País del Centro del Mundo hacia el Oeste en busca de los textos sagrados de Buda. Tang fue arrebatado mágicamente del camino por un viento que lo condujo a un convite de poetas, y se inició la ronda. Los poetas resultaron ser, a fin de cuentas, los espíritus de un pino, un ciprés, un bambú, un enebro y un albaricoquero. El intercambio de poemas fue memorable.

¿Quiénes serían tus dialogantes en este viaje? Son muchos los pares que señalas en tu libro. Reproduzco parte de tu larga lista: Hesíodo, Juvenal, Cervantes (obviamente), (y otro obvio) Guillermo de Poitiers, Darío, Lucrecio, Garcilaso, Víctor Hugo, Li Bo (el inmortal poeta de la Luna), Juan de Jáuregui (quien siendo —además— pintor, pintó a Cervantes), Wang Wei (quien siendo —además— pintor, pintó aguas y montañas), Hans Christian Andersen, Inger Christensen (tu querida amiga, a quien dedicas un capítulo del libro), Zhuang Zi (el taoísta), Jean de Lescurel (colgado por crímenes contra mujeres), y junto a él Francois Villon (quien un siglo después escribió la Balada de los Ahorcados mientras esperaba, preso, ser conducido a la horca); en contraste con los infames, los poetas heroicos: Francisco de Aldana (caído en combate en las tierras marroquíes de Alcazarquivir), Miguel Hernández (muerto en prisión bajo el franquismo) e Ibn al-Albabar (el andalucí descendiente de fabricantes de agujas —o de lascas—, alanceado por escribir “En Túnez reina un tirano a quien neciamente dicen califa”)... ¿Quién?

Alfredo López Austin



MATADERO

ALDVS

